mano de Moisés. de una árida roca hizo brotar un torrente de agua, y en la descarnada mandíbula de un león muerto encontrara Samsón dulcísima miel?

Cuando nos hallemos, pues, distraídos, áridos y fríos, y lo que es peor, cuando nos sintamos impotentes para prepararnos bien para la sagrada Comunión, entonces más que nunca, debemos repetir cuantas veces nos sea posible: *Domine, non sum dignus... sed dic verbo, et sanabitur anima mea.* Si nunca sintiésemos nuestras enfermedades, ¿cómo podríamos, en verdad, suspirar por el Médico y la medicina? Si nunca conociésemos nuestra indignidad, nuestra ceguera y fealdad, ¿cómo podríamos extender las manos suplicantes y solicitar la venida de Aquél que es el Dios de la luz, de las riquezas y de la pureza? Repitamos entonces con alegría la admirable oración de Santo Tomás de Aquino: «Aquí me llego, oh Señor, como enfermo al médico de la vida; como miserable a la fuente de la misericordia; como ciego a la luz de la claridad eterna; como pobre al Señor de cielos y de tierra...»

Concluyo este punto diciendo que las santas Comuniones son como los misterios del Rosario, hoy gozosos, mañana dolorosos, después gloriosos; mas si hacemos de nuestra parte cuanto podamos para prepararnos bien, entonces las Comuniones, como los misterios del Rosario, serán también todas frescas y fragantes rosas; y las rosas se diferencian sólo en el color, pero todas tienen la misma fragancia y hermosura.

Y ya que hemos tocado este argumento, deseo resolver otra dificultad a las almas sencillas, persuadido de que ellas serán las que más leerán este librito.

XII. Así como algunas veces un malestar inexplicable hace trabajosas nuestras preparaciones, así también otras las preparaciones son tranquilas y fervorosas; mas en la santa Comunión no sentimos gusto ni dulzura alguna. Esta aridez, digámoslo así, sacramental, es un tormento para el alma enamorada de Jesús, y muchas veces trae consigo dudas y turbaciones, pero sin razón, porque la mejor Comunión es la que se hace como Dios quiere.

Que la dulzura sea uno de los efectos particulares de

la Comunión, está fuera de duda. La Iglesia nos lo recuerda poniendo continuamente en nuestros labios aquellas palabras inspiradas: *Panem de coelo prestitisti eis, omne delectamentum in se habentem:* «les suministraste del cielo un pan, que contiene en sí todo deleite» (1); y en el versículo del libro de la Sabiduría —de donde están tomadas— siguen luego estas otras palabras: *et omnis saporis suavitatem,* «y la suavidad de todos los sabores». Cierto es que en el texto se habla del maná llovido del cielo al pueblo hebreo; mas el maná fue la figura más típica de la Eucaristía.

Santo Tomás con su angelical precisión. en la lección segunda del segundo Nocturno de la fiesta del *Corpus Christi,* dice expresamente: *Suavitatem hujus Sacramenti nullus exprimere sufficit:* «nadie es capaz de expresar la dulzura de este Sacramento»; pero el mismo santo Doctor resuelve la dificultad, añadiendo luego: *per quod spiritualis dulcedo in suo fonte gustatur.* ¡Ah!, no se trata de dulzura *material,* sino *espiritual;* porque espiritual es la suavidad que se gusta en la Eucaristía, como en propia fuente. Y si es espiritual, no puede ser sensible; y si no es sensible por su naturaleza, no se debe pretender el gustarla aún físicamente; pretendo sería grande locura, y aún falta de fe. Los sentidos tienen poco que hacer en el Sacramento inefable; nos engañamos si de ellos nos fiamos; toca, pues, a la fe correr en su ayuda y suplir su falta: *Praestet fides supplementum sensuum defectui.*

De suerte que la dulzura de la Comunión no debe sentirla el cuerpo, sino el alma; no el paladar de los sentidos, sino el del espíritu. Esto, atendiendo a la naturaleza de las cosas. Sin embargo, indirectamente, por razón de la íntima unión del alma con el cuerpo, algo de la dulzura espiritual que gusta aquélla, se comunica también a los sentidos. Así como el ungüento precioso, con que María ungió los pies del Señor, llenó de su fragancia toda la casa; de la misma manera, ordinariamente hablando, es casi imposible que la embriaguez dulcísima del alma no

(1) Sap. XVI, 20.

se comunique al cuerpo, que es su compañero y el instrumento de que se sirve para obrar.

XIII. No obstante, aun en esto, por razones de nosotros desconocidas, pero ordenadas ciertamente por la sabiduría de Dios, puede haber algunas excepciones, puesto que las dulzuras del espíritu casi siempre son como el vino o como aquellos jarabes que se mezclan con el agua y se beben a la vez. Mas pueden ser también como el aceite, que rehusa toda mezcla con el agua y queda siempre sobre la superficie. Ordinariamente se comunican a los sentidos, haciéndose sensibles, y entonces es todo el hombre quien las gusta; pero, con alguna frecuencia, quedan, como el aceite, sobre la superficie, es decir, quedan en el alma sola, en lo más elevado de la inteligencia, en la parte superior del espíritu, sin que gota alguna caiga en los sentidos.

Y esto es lo que a veces sucede en la santa Comunión: las dulzuras eucarísticas se paran sólo en el espíritu; se tienen, pero no se sienten; se reciben, pero no se gustan; se creen, pero no se prueban. Sin embargo, no por eso son menos verdaderas y reales; al contrario, las Comuniones sensiblemente áridas son mejores y más meritorias, porque son más generosas y desinteresadas. Y en verdad, cuando nos llegamos a la sagrada mesa, ¡qué es lo que vamos a buscar: al Señor o sus dulzuras? Buscar dulzuras ¿no es de niños? ¿no es de niños pretenderlas o preocuparse de ellas? Delicada es la exclamación de Santa Catalina de Génova: «¡Señor! yo no quiero ir en pos de ti por estos consuelos, sino sólo por verdadero amor. ¿Querrás tú acaso atraerme hacia ti con estas dulzuras? Yo no las quiero, porque nada quiero excepto a ti y sólo a ti».

He dicho, pues, muy bien, más arriba, que no son siempre las Comuniones en que recibimos más dulzuras, las mejores y más meritorias; por lo menos, no son las más agradables al Señor, ni las más deseadas por los Santos.

XIV. ¡Oh almas eucarísticas! al comulgar, no os busquéis a vosotras mismas, sino al Señor; no busquéis la vuestra, sino su felicidad. Y ahora ¿queréis, pues, saber,

según mi parecer, cuáles son las Comuniones más provechosas para nosotros y más agradables a Jesús? ¿cuáles son las que más honran la divina Eucaristía? No son ni las más frías, ni las más fervorosas, ni las más dulces, ni las más amargas; sino las más sencillas y humildes, y las más conformes a su santo querer. Estad, pues, ciertas, oh almas, que todas estas reflexiones, es decir, si somos fríos o fervorosos, si estamos preparados o no, y si las comuniones son dulces o amargas, no proceden muchas veces de sencillez, sino de malicia espiritual; no de humildad, sino de amor propio; en el fondo de tales reflexiones hay escondida una soberbia refinada. Aun aquí podemos aplicar las dulces palabras de Jesús: *Et revelasti ea parvulis*: «tus secretos, oh Padre, los has revelado a los pequeñuelos...» ¡Qué reflexiones hacen los niños cuando se les ofrece un regalo? lo cogen sin más. Y ¿qué hacen los niños pequeñitos cuando quieren tomar el pecho materno? se arrojan a él ávidamente.

Dichosos de nosotros, por tanto, si, acercándonos al amor, que es propio de los adultos, al fuego de los verdaderos enamorados, sabemos hacerlo con la sencillez de los niños. Cuando, según nuestra fragilidad, nos hayamos preparado como mejor hayamos podido, no pensemos ya en otra cosa; con los brazos extendidos, con el corazón abierto de par en par, vayamos a Él... corramos al Señor... *Veniat, Dilectus meus, veniat!...*

XV. Si hay un momento solemnísimo en la vida cristiana es el momento de la Comunión, cuando se une con nosotros nuestro Dios Sacramentado. Este momento puede llamarse como por los Libros Santos es llamado el nombre mismo de Dios, es decir, *sanctum et admirabile.* Sí, *santo y admirable* es el momento de la Comunión. Quedo absorto cuando contemplo la imagen de un Santo que tiene en sus brazos a Jesús Niño, o cuando pienso en el Patriarca San José o en la Madre de Dios, o simplemente en Pedro y Juan, en Marta y Magdalena. Pero cuando reflexiono que la misma gracia, o al menos el mismo Jesús viene a mí y lo recibo en mi corazón, entonces no quedo ya absorto, sino lleno de temor y espanto...

Es, pues, cierto que Jesús viene a mí en la sagrada Comunión; mas el cómo tú no lo entiendes, alma mía; con los ojos tú no lo ves; mas *quod non capis, quod non vides animosa firmat fides:* «lo que no comprendes, lo que no ves, te lo asegura una fe generosa»... (1). Y sin embargo, es esta fe la que me atemoriza en el momento santo y terrible de la Comunión... ¡Oh Dios mío! ¿cómo es posible creer en todo esto y quedar mudos, fríos y casi insensibles delante de Jesús? ¿Cómo es posible que las acciones de gracias sean con frecuencia hechas como a la fuerza, con trabajo y contando aún los minutos? ¿Obraríamos de esta manera si viésemos con los ojos y tocásemos con las manos a nuestro Señor? ¿No debo, por tanto. decir que es muy lánguida nuestra fe. si veo que, recibida la sagrada Comunión, hacemos por Jesús Sacramentado menos (y quizá mucho menos) de lo que por Él haríamos si lo viésemos con los ojos del cuerpo?... No os engañéis, amados lectores; la acogida hecha a Jesús en la Comunión es regla segura e infalible para conocer a las verdaderas almas eucarísticas. Como en la santa Comunión está lo sumo de las gracias espirituales, así en la misma Comunión está lo sumo de los eucarísticos amores, y por consiguiente, la mejor de las eucarísticas señales para conocer a un alma verdaderamente enamorada de Jesús.

No lo olvidéis, pues; el alma eucarística es tal, cuales son sus Comuniones, y las Comuniones serán tales, cuales sean las preparaciones y acciones de gracias. Lo que es ir a comer con el estómago indispuesto, eso mismo es, hablando espiritualmente, acercarse a la mesa del Señor sin la debida preparación, y muy semejante a un alimento no digerido es una Comunión sin el debido hacimiento de gracias. *Pensadlo bien y temblad.*

XVI. Mas no, Señor y Dios mío, no suceda nunca que de un Sacramento de amor haga yo un Sacramento de temor; no suceda nunca que un momento de paraíso termine en un momento de purgatorio... *Dilectus meus mihi, et ego illi... ego dilecto meo, et ad me conversio ejus* (1).

(1) Secuencia de la Misa del *Corpus Christi.*
(1) Cant. II, 16; VII, 10.

«Jesús es todo mío... yo soy todo suyo...» Recibiéndole en mi corazón, no me olvidaré de que soy hombre, y hombre pecador; mas desearé ser ángel, y a los ángeles pediré sus pensamientos, alabanzas y ardores, o si me acuerdo de que soy hombre, será para aplicarme y gustar todavía los misterios de la vida humana de Jesús. ¿Es el Niño de Belén? Pues juntamente con los pastores me llegaré a Él; junto con ellos le adoraré y le sonreiré dulcemente, cantando: «Duerme, no llores, Jesús querido; duerme, no llores, mi Redentor...» Haré míos los obsequios, las lágrimas, los anonadamientos del Patriarca San José, míos los dones de los santos Magos, y como ellos le ofreceré también la mirra de mi cuerpo, el incienso de mi corazón y el oro de mi alma... Con el santo anciano Simeón lo cogeré en mis brazos, lo contemplaré y lo ofreceré a su Eterno Padre.

¿Es Él mi Padre, mi Pastor, mi Rey? Pues le diré que soy el Hijo pródigo, la ovejita extraviada, el siervo infiel de tan buen Señor... Le recibiré, como fue recibido el *Domingo de Ramos*, con el grito festivo: «Hosanna al Hijo de David; bendito sea el que viene a mí en nombre del Señor», y mi alma, mis potencias y todas mis pasiones las extenderé a su paso debajo de sus reales pies. O también le recibiré como Zaqueo, abriendo de par en par las puertas de mi corazón.

¿Es Él el Maestro, el Médico, el Redentor? Pues hábleme, que yo le escucharé; me sane, pues soy el ciego y sordo, el leproso y el paralítico; me lave y santifique en su sangre, mi Salvador...

Y en la santa Comunión ¿cómo podré olvidar el bálsamo y las lágrimas, los besos y cuidados que Magdalena dispensó al Maestro, vivo y muerto?... ¿Cómo olvidarme del discípulo Juan, el hijo de las ternuras y predilecciones? Y ¿no recitaré también en esos momentos los himnos eucarísticos de la santa Iglesia? ¡Ah!, ¿no será este el momento de cantar: *Pange lingua gloriosi Corporis misterium... O sacrum convivium!... O salutaris Hostia!... Ave verum Corpus natum?...* ¿No pediré a David su arpa y sus salmos inmortales? A los tres jóvenes de Babilonia, ¿no

les pediré su *Benedicite omnia opera Domini Domino?* ¿No pediré a Cecilia sus órganos, a Inés sus cánticos, a Tomás de Aquino sus angelicales *Secuencias*, a Buenaventura de Bagnorea sus acentos de serafín y a Alfonso de Ligorio sus plegarias de fuego?

XVII. Vuelve a decir, a este propósito, la poco ha mencionada Venerable Madre Teresa Eustoquio Verzieri: «Luego que hayáis comulgado, retiraos a vuestro corazón con Jesús, y, postrandoos a sus pies, adorad reverentemente al Huésped divino que viene a vosotras para que permanezcáis con Él eternamente. No perdáis un instante de estos momentos preciosos en que os es dado albergar en vuestro corazón al Rey del cielo, al Señor del universo, al Salvador del mundo, Dios creador de todo y Esposo de vuestras almas. No envidiéis, oh amadas mías, el paraíso, puesto que ya poseéis al mismo que le hace hermoso y bienaventurado con su presencia. ¡Oh, felices momentos en los que estáis corazón a corazón con vuestro Esposo Jesús, y el fuego de su Corazón purifica el vuestro y lo hace puro con su misma pureza. Si los ángeles fueran capaces de envidia, la tendrían ciertamente de vosotras y de vuestra suerte» (1). Palabras dulcísimas son éstas, que demuestran el alma delicadamente eucarística de quien las escribió.

XVIII. Pero todavía no he nombrado a María... ¡aun, adorada Madre, no he hablado de ti!... Me parece que, recibiendo la sagrada Comunión, aunque mi corazón sea duro como el sílice y árido como un desierto, sin embargo, el solo pensar en María será más que suficiente para volver a dar nuevo vigor a mi espíritu.

Es imposible que donde está Jesús realmente, no esté moralmente la mirada, el corazón y el alma de la Madre. Si las almas vírgenes. primicias de Dios, seguirán al Cordero dondequiera que vaya; si lo seguirán las almas que son simples corderillos, ¿cuánto más lo seguirá su ovejita, su Madre? Cuando el Cordero de Dios está en mí, me siento muy cerca espiritualmente de su Santísima Madre.

(1) Lug. cit., 28.

A Ella toca el derecho de presentación, porque Ella fue la que presentó a Jesús al mundo, a los pastores, a los Magos y a Simeón, como ya, antes del parto, lo había presentado también al Bautista en casa de Isabel. Hay, sin embargo, un momento en que no es ya Ella la que nos lo presenta, sino que somos nosotros quienes lo presentamos a Ella: este momento es el de la santa Comunión. Estamos acostumbrados a ver a Jesús en los brazos o sobre las rodillas de María; allí lo encontramos y adoramos; pero en el momento de la Comunión es María quien lo encuentra en nuestro corazón, y en él lo contempla y adora.

Bienaventurada, pues, esta Madre que, en el momento inefable de la Comunión, ve abrazarse estrechamente a sus dos hijos, Jesús y el hombre; los ve eucarísticamente hechos una sola cosa. En ningún otro momento de mi vida soy tan grato a María, como cuando Jesús está en mí y yo en Él; si le hablo, en mi voz oye la voz de Jesús; si la amo, en los latidos de mi corazón conoce los latidos del Corazón adorable de Jesús; percibe, en fin, en mi persona la fragancia de su divina Flor.

Y para mi alma ¡qué dulces son también en este momento los recuerdos, palabras y ejemplos de la Madre!... Entonces, el *Fiat mihi*, el *Magnificat*, el *Stabat* ¡qué hermosos son!... Entonces me creo yo mismo Belén, la cuna, la casita de Nazaret; ¿qué digo? entonces me creo yo mismo María. Una cosa no quisiera jamás ser: el calvario, o la cruz de Jesús... No suceda nunca, oh santa Madre, que, durante la Comunión, tú debas estar junto a mí, como sobre el Gólgota estuviste junto a la Cruz, a los crucificadores y al Crucificado; prefiero mil muertes a esta desgracia. Antes bien, en todas mis Comuniones, seas tú siempre, oh Madre, mi libro, mi lira, mi himno, mi fuego, mi incienso... Tú seas siempre, oh dulce Madre, mi preparación y acción de gracias.

XIX. Almas eucarísticas, pensad, finalmente, que además del hacimiento de gracias que se hace en la iglesia, en un tiempo más o menos largo según las circunstancias de cada uno, después de salir de la iglesia, comienza el

hacimiento de gracias *de las obras*. Los verdaderos hacimientos de gracias no son los que se hacen en la iglesia con la lengua, sino los que se hacen en casa con las obras. Valen para esto, muy oportunamente, algunas admirables recomendaciones del Apóstol San Pablo. Escuchadlas.

A los Romanos escribía: «Revestíos de nuestro Señor Jesucristo» (1); a los Filipenses: «Cristo será glorificado en mi cuerpo, ora sea por mi vida, ora sea por mi muerte» (2-. En la primera carta a los Corintios les decía: «Glorificad a Dios, y llevadle en vuestro cuerpo» (3); y en la segunda a los mismos: «Traemos siempre en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos» (4).

Después de la sagrada Comunión, el más digno hacimiento de gracias lo haremos si ponemos en práctica durante la jornada del día tan sublimes recomendaciones del Apóstol. Sobre nuestra frente resplandezca la belleza de Jesucristo, que está en nosotros; en nuestros ojos se reflejen las miradas de Jesús; en nuestra boca se escuche la voz de Jesús; en todo nuestro porte exterior se admire la modestia y dulzura de Jesús; en una palabra, se distinga la persona que ha comulgado de la que no lo ha hecho.

¡Oh almas santas! seréis verdaderamente eucarísticas, si en todas vuestras Comuniones quedáis internamente llenas de Jesús, y, después de ellas, lo lleváis y manifestáis externamente, lo hanráis y exaltáis en vuestros cuerpos. De esta manera no diréis sólo una exageración, sino que diréis la pura verdad, repitiendo estas palabras: «Mi vivir es Jesucristo: Él vive en mí, y yo vivo en Él».

Hermosas son, a este propósito, las palabras de San Francisco de Sales: «Los Santos sienten que Jesucristo se difunde y comunica totalmente a sus almas y cuerpos. Él todo lo repara, modifica y vivifica; ama en el corazón,

(1) Rom. XIII, 14.
(2) Phil. I, 20.
(3) 1 Cor. VI, 20.
(4) 2 Cor. IV, 10.

escucha en la cabeza, ve en los ojos, habla en la lengua; hace todo en todo, y entonces no vivimos nosotros, sino que es el mismo Jesucristo quien vive en nosotros». Delicadísima es también la expresión de aquella grande alma eucarística, que fue Federico Ozanam: «Aunque toda la tierra hubiera abjurado de Cristo, se encuentra en la inexplicable dulzura de una Comunión, y en las lágrimas que ella hace derramar, una fuerza de convicción tal, que me haría de nuevo abrazar la cruz y desafiar a toda la tierra».

Pero la Comunión sola no basta; ella misma nos lleva a otros medios interesantísimos.

CAPÍTULO III

OTROS MEDIOS EUCARISTICOS

LA SANTA MISA

I. El alma, definitivamente enamorada de la santa Comunión, puede repetir, sin duda alguna, las palabras de la Sabiduría: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa:* «todos los bienes me vinieron juntamente con ella (con la Comunión)» (1).

La Comunión es como la raíz del árbol eucarístico; mas la raíz misma, así como también las hojas, que son indispensables para la vida de una planta, necesitan de riego. Pues bien, los ejercicios de piedad son los que riegan la raíz y forman las ramas de la vida espiritual y, por tanto, de la vida eucarística, que es perfección y esplendor de aquélla. Mas el ejercicio de piedad más excelente y eficaz, que alimenta y completa la Comunión, es la santa Misa. Por eso, no hallaréis un Santo solo, que, habiéndolo podido, no haya oído todos los días al menos una Misa; mas todos los Santos se han esforzado por oír diariamente cuantas Misas han podido.

II. Si la Misa es la fuente de la Eucaristía, ¿cómo

(1) Sap. VII, 11.

se puede suponer un alma eucarística, sedienta todos los días de la Comunión, y que no lo esté igualmente todos los días de la santa Misa? Esto me parece imposible.

Morir sobre la Cruz fue cruel martirio para Jesús; mas, si hubiera muerto como un ser desamparado, sin la asistencia de su Santísima Madre, de Juan, de la Magdalena y de las santas mujeres, su muerte hubiera sido todavía martirio más cruel. Morir solo, lejos de los suyos y entre desconocidos, ¡qué desgarrador es para un pobre moribundo! Ahora bien, así trataría a Jesús —Víctima inmolada todos los días sobre nuestros altares— el alma eucarística que no asistiese diariamente al divino Sacrificio, *al menos pudiéndolo hacer cómodamente;* porque ¿no es la Misa la misma inmolación del Calvario? y ¿no son especialmente las almas eucarísticas las que forman la amorosa corte de Jesús Crucificado y de Jesús Sacramentado? ¡Oh, juzgad perdido el día en que no hayáis *querido* oír la santa Misa! Perdido, sí, porque habéis negado al cielo una nube de purísimo incienso, habéis privado a la tierra del auxilio de fuerzas sobrehumanas, al santo Purgatorio de una oleada de fresquísima agua, y a vosotros mismos de un cúmulo de tesoros divinos; mas, sobre todo, (pensadlo bien), habéis negado a vuestro Salvador, místicamente moribundo sobre el altar, el consuelo de vuestra presencia y de vuestras lágrimas... y ¿pretenderéis pertenecer al número de las almas eucarísticas?

III. La Beata Julia Billiart decía: «Una santa Misa es el más hermoso don del cielo». Y Santa María Magdalena Postel exclamaba: «Si se comprendiese el valor de una Misa, se andaría hasta el fin del mundo para asistir a ella». El Beato Cottolengo solía también decir: «Vale más una Misa que una semana de cálculos y trabajo. Todo ha de venir de allá. Bienaventurado, pues, el que oye Misa todos los días». Y en la Pequeña Casa de la Divina Providencia, que es un gran milagro permanente, quería que toda aquella muchedumbre de pobres enfermos, de religiosos y religiosas y de enfermeros de todas clases oyesen diariamente la santa Misa. Al Doctor Branetti le decía: «Si no habéis oído Misa, no vayáis a la

enfermería, porque no haréis nada bien». Y a las religiosas, hablando del mismo médico, en son de chanza, añadía: «No déis el café a este señor si antes no ha oído Misa».

IV. Mas, para excitarnos a oír con frecuencia la santa Misa, bastarían las promesas hechas por nuestro Señor a Santa Matilde. Un día le dijo estas palabras: «En la hora de la muerte consolaré y ayudaré a quien haya asistido con asiduidad y devoción al sacrificio de la Misa, y enviaré para asistirle a tantos Santos, cuantas hayan sido las Misas que ha oído». ¡Oh, qué promesas tan alentadoras y consoladoras!

V. San Juan Bosco tenía también por la santa Misa semejante celo. A sus religiosos, por regla (escribe su biógrafo), y a los demás, por consejo, encomendaba el asistir a ella todos los días, recordándoles las palabras de San Agustín de «que no morirá de mala muerte el que oye devotamente y con perseverancia la santa Misa». A los que deseaban obtener gracias y recurrían a él, les recomendaba que hicieran celebrar una Misa, o que la oyeran y participasen de ella con devota Comunión. Decía también que el Señor escucha de manera especial las oraciones bien hechas durante la elevación de la Hostia Santa.

Se ha hecho célebre la respuesta que dio, en cierta ocasión, al ministro inglés, Lord Palmeston. Introducido éste en la sala donde estudiaban quinientos niños del oratorio salesiano de Turín, admirado de su silencio y recogimiento, preguntó de qué medio se servía para conseguir estos efectos saludables de disciplina. —De medios, respondió el varón de Dios, de que no podéis serviros vosotros, los protestantes, esto es, de la frecuente confesión y Comunión y de la Misa bien oída *todos los días*. —Tenéis razón, replicó el ilustre visitador, nosotros carecemos de estos medios de educación; pero ¿no podrían suplirse con medios diversos? —*Con el bastón,* exclamó don Bosco. —Bien dicho, concluyó Palmeston: *o religión o bastón.* Quiero contarlo en Londres.

De suerte que los Santos, que son los mejores educadores y formadores de almas, atribuyen a la Misa no sólo

efectos divinos, sino también admirables efectos pedagógicos.

VI. Por consiguiente, oíd todos los días la santa Misa, y, si es posible, comulgad en ella. Además, si vuestras ocupaciones os lo permtien, especialmente en los días de fiesta, encadenad al pie del altar vuestra voluntad; oíd una segunda Misa, aunque os obligue a hacer algún pequeño cambio en vuestro horario. No vayáis a creer que con eso perderéis algo, pues Dios no dejará de recompensároslo largamente. Y más, si consideráis que muchas veces no es la falta de tiempo la que nos hace salir pronto de la iglesia, sino más bien la falta de fe y amor. Creedme: ninguno ha trabajado tanto como trabajaron los Santos; ninguno como ellos ha estado tan ocupado; y sin embargo, ninguno ha oído nunca tantas Misas como han oído los Santos.

Pero cuando asistáis al divino Sacrificio, asistid a él como los Angeles. Invitad a la Virgen Santísima, a vuestros Santos protectores, al Angel de vuestra guarda, para que la oigan juntamente con vosotros; el pensamiento de su compañía os tendrá más recogidos. No asistamos jamás a la Santa Misa como por fuerza, con desgana, o con poca devoción y recogimiento. ¡Qué mal papel haríamos entonces en la eucarística crucifixión de Jesús!

VII. A este propósito, me es grato copiar aquí las dulces palabras de San Francisco de Sales, en la *Introducción a la Vida devota.* Comienza a hablar de esta manera el Santo Doctor: «No te he hablado aún del sol de los ejercicios espirituales, que es el santísimo y soberano Sacrificio de la Misa, centro de la Religión Cristiana, alma de la devoción, vida de la piedad, misterio inefable que comprende el abismo de la caridad divina, por el cual Dios, uniéndose realmente a nosotros, nos comunica con magnificencia sus gracias y favores. La oración unida con este divino Sacrificio tiene una indecible fuerza; de modo que por este medio abunda el alma de celestiales favores, como apoyada sobre su Amado, el cual la llena tanto de olores y suavidades espirituales, que parece una columna de humo producido de las maderas aromáticas de mirra

e incienso y de todos los polvos que usan los perfumadores, como se dice en los Cantares».

«Procura, pues, con toda diligencia, oír todos los días Misa para ofrecer con el sacerdote el sacrificio de tu Redentor a Dios, su Padre, por ti y por toda la Iglesia... ¡Oh, qué felicidad es para un alma contribuir devotamente con sus afectos a un bien tan necesario y apetecible! De modo que —concluye el santo Obispo— si por algún estorbo inexcusable no puedes asistir corporalmente a la celebración de este soberano Sacrificio, a lo menos envía allá tu corazón, asistiendo espiritualmente» (1).

VIII. Si por ventura, cayese este capitulito en manos de algún sacerdote, que debe no sólo oír, sino *celebrar también la santa Misa,* en este caso, ¿cómo me atreveré a dar consejos a sacerdotes yo, el último de ellos? Recordaré solamente, para provecho mío y de los venerables sacerdotes de Jesucristo, algunas palabras de la *Imitación,* donde se exalta magníficamente la gloria del Sacerdocio: «Grande es este misterio, y grande la dignidad de los sacerdotes, a los cuales es dado lo que no es concedido a los ángeles». Mas luego añade: «Mira cómo eres ordenado y consagrado para celebrar: mira ahora que muy fielmente y con devoción ofrezcas a Dios el sacrificio en su tiempo y te conserves sin represión» (2). Pocas palabras, pero todas ellas de oro. Mas no menos preciosas son estas otras: «¡Oh, cuán grande y venerable es el oficio de los sacerdotes, a los cuales es otorgado consagrar al Señor de la Majestad con palabras santas, y bendecirlo con sus labios, y tenerlo en sus manos, y recibirlo con su propia boca, y ministrarlo a otros! ¡Oh, cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuáan santo el cuerpo, cuán sin mancilla el corazón del sacerdote, donde tantas veces entra el Hacedor de la pureza! De la boca del sacerdote no debe salir palabra que no sea santa, honesta y provechosa, pues tan continuo recibe el sacramento de Cristo. Sus ojos han de ser simples y castos, pues miran

(1) Parte II, cap. XIV.
(2) Lib. IV, cap. V.

el cuerpo de Cristo. Las manos han de ser puras y levantadas al cielo por oración, pues suelen tocar al Criador del cielo y de la tierra. A los sacerdotes especialmente se dice en la ley: *Sed santos, que yo, vuestro Señor y vuestro Dios, santo soy*» (1).

IX. Por lo demás a los sacerdotes no les faltan libros; podrán leer por sí mismos lo que importa celebrar *fideliter et devote,* la santa Misa; por sí mismos podrán leer, en la *Selva de materias predicables* de San Alfonso María de Ligorio, la admirable instrucción, que es la primera, acerca de la celebración de la santa Misa. Hay allí pensamientos que inflaman, y también los hay que infunden temor y espanto en el alma. «¡Pobres sacerdotes!», exclama el Santo, en el número 14. El Venerable P. Maestro Avila, habiendo muerto un sacerdote después de haber celebrado la primera Misa, dijo: «¡Oh, qué grande cuenta habrá tenido que dar a Dios este sacerdote por esta primera Misa!» Ahora considerad qué diría el P. Avila de los sacerdotes que han celebrado Misa durante treinta, cuarenta o más años.

Persuadámonos, pues, que la Misa, *celebrada santamente, o santamente oída,* es un medio casi indispensable para llegar a ser almas eucarísticas. Y por eso, mirad bien cómo celebráis, oh sacerdotes del Señor; y si sois simples fieles, considerad cómo oís la santa Misa; y unos y otros llenémonos de confusión por las Misas que podríamos cómodamente oír, y no oímos.

X. En febrero de 1848, comenzó en París aquella revuelta, en la que fue asesinado el ilustre Arzobispo, Cardenal Affré. La misma mañana, Santa Micaela del Santísimo Sacramento, entonces simple señorita Desmaisières, se hallaba en la iglesia. A la primera señal de alarma la iglesia quedó al punto desierta; no quedaron en ella más que dos personas: el sacerdote que decía la Misa en el altar, y la Santa que la oía y comulgaba. Terminado el divino Sacrificio, la señorita entró en la sacristía y, hablando al sacerdote, le dijo: «Señor Cura, en los días de persecución que comienzan, ¿habrá Misa en esta iglesia?»

(1) Libro IV, c. XI.

—Señorita, respondió éste, mientras haya una persona en la iglesia, no dejará de haberla—. Pues entonces, una persona habrá siempre, exclamó la Santa, y se marchó.

Esta persona fue ella. Durante aquel período infernal, la valerosa doncella, no mirando a los peligros y pasando por las barricadas y fosos, se llegó todos los días a la iglesia; todos los días hizo celebrar la santa Misa y todos los días la oyó y comulgó en ella. ¡Oh, qué grande es el valor de los Santos! Y como la virtud se impone, la angelical doncella no sólo no fue molestada por los revoltosos, sino que fue respetada aún, hasta el punto de acompañarla ellos mismos a la iglesia; le alargaban la mano para que más fácilmente caminase sobre las barricadas, le ponían tablas para que pasase los fosos, y la avisaban para que se retirase más pronto a casa, cuando eran jornadas de mayores peligros. Y como si todo esto no bastase, los revolucionarios le dieron su escarapela, a fin de que, llevándola en el brazo, fuese reconocida por todos los camaradas y no la molestasen. Y ella, con la escarapela en el brazo, todas las mañanas iba a la iglesia.

He ahí lo que es una Misa en el concepto de los Santos.

Ya hemos narrado anteriormente lo que otros Santos han hecho o padecido para no perder la santa Misa; y también hemos dicho cuántos prodigios ha obrado Dios a veces para premiar su amor. Pero dejemos los Santos, y veamos otros ejemplos.

XI. Un domingo de invierno, rígido, encapotado y lluvioso, en Milán, no permitieron los de la casa al venerable Alejandro Manzoni que saliese y fuese a Misa. Se creyó ofendido por ello y se afligió mucho el ilustre anciano. Por la tarde, a un amigo que, viniendo a visitarle y encontrándolo de mal humor, entendido el motivo de su enojo, había dado la razón a los parientes, el gran hombre le dijo: «Amigo, si hoy venciese el último término para cobrar un billete premiado en lotería, y para ello fuera indispensable mi presencia, a buen seguro que mis parientes me llevarían en brazos a cobrarlo... Mas, tratándose de una Misa... ¡quita allá!...» Y no añadió más Alejandro Manzoni.

El mismo Napoleón Bonaparte, visitando un Colegio de niñas, echó una mirada sobre las reglas del Instituto, y, al leer este artículo: «Las alumnas oigan la Misa todos los domingos», borró estas palabras: *todos los domingos*, y escribió de su propio puño estas otras: *todos los días*.

XII. Mas en alabanza de la santa Misa y Comunión, bastaría el ejemplo modernísimo del siervo de Dios Contardo Ferrini, el ilustre Profesor de Derecho Romano que, sobre las cátedras de las Universidades italianas, hizo resplandecer, junto con la elevada ciencia, la nobleza de la fe y la pureza de costumbres.

Solía decir: «Yo no sabré concebir una vida sin oración, un despertarse a la mañana sin encontrar la sonrisa de Dios, un reclinar a la noche la cabeza, pero no sobre el pecho de Cristo. Tú, oh Dios, que sonríes en la flor del campo y en el verde del valle solitario, sonríe también en mi espíritu y en mi mirada, y yo responderé a esta tu sonrisa».

Todas las mañanas recitaba sus oraciones y hacía la meditación, y luego se iba a la iglesia para «la fiesta de los santos pensamientos», como él decía; aun después de largos viajes, apenas apeado del tren, buscaba una iglesia para asistir al santo Sacrificio de la Misa y unirse a Jesús en la Comunión. Sus coloquios sobre la Eucaristía tienen el fuego de los ángeles y el perfume del cielo.

Y era un seglar y, por añadidura, un profesor de Universidad.

Capítulo IV

VISITAS AL SANTISIMO SACRAMENTO

I. Refiere San Alfonso, que Sor Ana de la Cruz, que fue Condesa de Feria y gran señora de España, habiendo quedado viuda a los veinticuatro años, se hizo religiosa de Santa Clara y obtuvo el permiso para habitar una celda desde la que se veía el altar del Sacramento; y allí se estaba casi siempre, de día y de noche. Preguntada una vez

qué hacía tantas horas delante del Santísimo, respondió de esta manera: «Yo estaría allí por toda la eternidad; pues, por ventura, ¿no está allí la Esencia de Dios, que será por toda la eternidad el alimento y la gloria de los bienaventurados? Buen Dios, y ¿qué se hace delante de Él? Se ama, se alaba, se da gracias y se pide. Y ¿qué es lo que hace un pobre delante de un rico? ¿un enfermo en presencia del médico? ¿un sediento a la vista de una fuente de aguas cristalinas? ¿un hambriento delante de una mesa bien provista?»

Y ciertamente; si el amor eucarístico es un peso mucho mayor que el de los otros amores, el Tabernáculo será el centro de gravitación para las almas eucarísticas. Lo hemos dicho ya muchas veces: lo que es la colmena para las abejas, el nido para los pájaros, el pasto para el rebaño, la fuente para los ciervos, el agua para los peces, la luz para la mariposa, el polo para la aguja magnética... es el Tabernáculo para las almas enamoradas del Santísimo Sacramento.

Pasan las largas horas de la jornada, y ¿no sentís el deseo de ir cerca de Jesús y estar un poco en su compañía?... ¿no sentís este deseo? ¡Oh, qué mala señal, mis amados lectores! Pensad en el *ubi thesaurus vester est* de Jesucristo, y sacad por vosotros mismos la consecuencia. No os diré que lo visitéis treinta y tres veces al día como lo visitaba Magdalena de Pazzi, y ni aun siete veces como todos los días lo hacía San Francisco de Borja, sino por lo menos una o dos veces. Creo que no será pedir mucho.

II. En esto, sin embargo, es necesario hacer una distinción, según que se hable de religiosos o de seglares.

Para los primeros, uno de los privilegios más grandes que van anejos a la vida religiosa es ciertamente el morar junto a Jesús Sacramentado. En los conventos, Él es el dueño de casa, dice San Juan de la Cruz; Él es el Guardián y el Provincial. ¿Qué diríamos de una comunidad que poco o nada se cuidase de su superior? ¿qué si lo forzase a estar encerrado y solo en su habitación, y si enfermo, ninguno lo consolase y visitase? Pues bien, Jesús Sacramentado, en los conventos no espera de los seglares las

visitas y adoraciones, sino de su comunidad, de sus hijos, de sus hermanos y súbditos, en una palabra, de su familia conventual.

La celda es mi cárcel; el tabernáculo la suya: somos los dos prisioneros voluntarios. Mas los religiosos no son solamente prisioneros juntamente con Él; son además sus carceleros. Nosotros somos los guardianes del Tabernáculo; la llave que le abre y cierra, la guardamos nosotros, y nosotros abrimos también la puerta de la iglesia, que permite la entrada a los seglares para venir a visitar a nuestro Prisionero. Pero cuando se cierra la puerta de la iglesia, entonces no es ya de ninguno; entonces Jesús es *nuestro*, exclusivamente*nuestro*.

III. Tenía, pues, razón aquella alma santa para decir graciosamente que «es sospechoso de herejía el religioso que, además de las veces que debe ir al coro, porque es llamado por la obediencia, al menos una vez sola no va espontáneamente a visitar al Santísimo Sacramento». En cambio, de los santos religiosos, sea cualquiera la Orden a que pertenezcan, se puede establecer este principio, decir, que solamente no permanecen en la iglesia, en compañía de Jesús, cuando Jesús mismo no lo quiere, porque otros deberes, o sea, la obediencia, se lo impiden.

Lo que decimos de los religiosos vale también para los sacerdotes seculares. Es verdad que éstos no habitan con Jesús Sacramentado; mas por su estado y ministerio se ven precisados a ir con frecuencia a las iglesias y morar cerca de los santos Tabernáculos. No debería, por tanto, haber hora del día, en que el amado Sagrario no estuviese rodeado de religiosos o de sacerdotes; y sin embargo, una de las más amargas quejas del Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque fue precisamente el desamparo en que le dejan aún *los que están consagrados a su culto*. Y ciertamente, en el huerto de los olivos, no fue hecho a los extraños, sino a los tres discípulos predilectos, aquel reproche: *Sic non potuistis una hora vigilare mecum?* «¿es posible que no hayáis podido velar una hora conmigo?» (1).

(1) Mt. XXVI, 40.

VI. Mas, si sois seglares forzados a vivir en el mundo y en vuestras propias casas, también para vosotros existe medio de visitar a Jesús Sacramentado. Haced todo lo que podáis por ir a la iglesia y visitarlo en persona, cuando menos, una sola vez al día. Si aun esto no os es posible, en tal caso, visitadlo desde vuestras casas; y entonces visitadlo, no sólo una vez al día, sino cuantas veces queráis. Acordaos de lo que he dicho de las piadosas mujeres que, en el Calvario, no pudiendo acercarse al Crucificado, *aspiciebant,* lo miraban y languidecían desde lejos. Para dejar de hacer esto, no podréis aducirme excusa alguna. Y así como San Pablo llama a los antiguos justos: *A longe aspicientes et salutantes* (1): «almas que de lejos miraban y saludaban al Cristo futuro», así vosotras, oh almas afortunadas, seréis también *a longe aspicientes et salutantes:* de lejos miraréis al Tabernáculo, y de lejos lo adoraréis; y no pudiendo ir personalmente a visitarlo, le enviaréis vuestros saludos, suspiros y amores: *a longe aspicientes et salutantes.*

De hecho, así lo hacía Santa María Francisca de las Cinco Llagas. Cuando las enfermedades (y aun éstas tenían que ser bien graves) no le permitían ir a la iglesia, subía arrastrándose hasta la terraza, y, volviéndose hacia la iglesia más próxima, hablaba a su Amado, y lo llamaba, y lo adoraba, y se deshacía en suspiros.

No, no hay verdaderas excusas que nos dispensen de visitar al Señor; de cerca o de lejos, si no con el cuerpo, al menos con el corazón.

V. Por otra parte, el visitar al Santísimo Sacramento no es sólo cosa de fe, sino también de delicadeza y nobleza de espíritu. No es solamente *creyente* el alma que con frecuencia va a postrarse en la presencia del Rey de los reyes, sino que es también un alma delicada, de porte noble y generoso. Sí, delicadeza y nobleza es escuchar la voz de Jesús, cansado de llamar a sus hijos y de repetir: *Sustinui qui simul contristaretur, et non fuit et qui con-*

(1) Hebr. XI, 13.

solaretur, et non inveni (1): «Esperé que alguno se condoliese de mí, mas nadie lo hizo; o quien me consolase; y no hallé quien lo hiciese». Delicadeza y nobleza es ser el ángel visitador, consolador y reparador de un Padre desamparado, de un Rey despreciado, de un Dios olvidado...

¡Oh ángeles de la Eucaristía, oh flores del Tabernáculo, oh abejas, mariposas, palomas, ciervos!... ¡oh amantes, amados y enamorados del Sacramento!... visitad, visitad muchas veces a Aquél que ha sido y será siempre las delicias de las almas escogidas... Bastan sólo vuestras visitas para contaros en el número de los predestinados. Sí, derramad lágrimas de ternura cuando penséis en las solemnes y agradecidas declaraciones que hará el divino Juez en el gran día del juicio, pues, entre otras cosas, dirá: *Infirmus fui, et visitastis me; in carcere eram, et venistis ad me* (2): «estaba enfermo, y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis a verme». ¡Ah! no es solamente mi prójimo el enfermo o el encarcelado; mucho más Vos, oh Jesús Sacramentado, sois el enfermo y el encarcelado de veinte siglos.

No quiero, pues, otras recompensas, ni busco otras razones para hacerme visitador asiduo de mi Jesús Sacramentado; me basta su agradecimiento. La satisfacción de su Corazón me llena de gozo; sus palabras me hacen bienaventurado: *Infirmus fui, et visitastis me; in carcere eram, et venistis ad me.*

VI. ¡Ah, Dios mío, qué frívolos son muchas veces los motivos por los cuales me creo dispensado de venir frecuentemente a visitaros! Decía Santa Teresa que «no es permitido a ninguno hablar con el rey; lo más que un vasallo puede esperar es poderle hablar por tercera persona». Y añadía: «Mas, para hablar con Vos, oh Rey de la gloria, no se requieren terceras personas; Vos estáis siempre pronto para dar audiencia a todos en el Sacramento del altar; todo el que quiera os halla siempre aquí y os puede hablar con confianza».

(1) Ps. LXVIII, 21.
(2) Mt. XXV, 36.

¡Oh mi Rey! Vos estáis siempre pronto a recibirme y siempre en espera; soy yo el que no pienso en Vos, ni voy a visitaros. ¿Cómo, pues, no se me cubre la cara de vergüenza, leyendo lo que hicieron los Santos por amor de Jesús Sacramentado?

VII. San Francisco Javier, el grande Apóstol de las Indias, después de haberse fatigado todo el día en la salvación de las almas, pasaba la noche delante del Santísimo Sacramento. Cuando el sueño le rendía, recostábase sobre las gradas del altar y, luego de haber descansado allí un poco, volvía a continuar los coloquios amorosos con su amado Señor.

Lo mismo hacía San Francisco de Regis. Después de haber empleado todo el día en predicar y confesar, su descanso era pasar toda la noche delante de Jesús Sacramentado; y cuando encontraba cerrada la iglesia, se quedaba fuera, a la puerta, expuesto al rigor de las estaciones, haciendo así al menos de lejos, la corte a su adorado Señor.

San Juan de la Cruz, debiendo dar, por la noche, un poco de alivio a la pobre naturaleza cansada, extendía el manto por tierra, se acomodaba sobre él y reposaba junto a su amado Jesús.

El Venerable P. Baltasar Alvarez, santo varón, cuando no podía ir a la iglesia, volvía el rostro, los ojos y el corazón hacia donde sabía que estaba el Santísimo Sacramento.

VIII. Mas ¿por qué voy multiplicando los ejemplos, cuando todos los Santos hallaron en la Eucaristía su paraíso en la tierra? Todos los Santos pensaban como pensaba el P. Juan de Avila, que decía no encontraba santuario más devoto y amable que una iglesia donde estuviera el Santísimo Sacramento. Todos los Santos, de hecho, han practicado lo que un día Santa Teresa vino del cielo a decir a una religiosa suya: «Los del cielo y los de la tierra debemos ser una misma cosa en la pureza y en el amor; nosotros gozando y vosotros padeciendo; y lo que nosotros hacemos en el cielo con la divina Esencia, debéis hacer vosotros en la tierra con el Santísimo Sacramento».

¡Oh almas eucarísticas! la visita a Jesús Sacramentado sea, pues, uno de los medios principales de vuestra perfección eucarística. Pedídselo a Él mismo que os dé el deseo ardiente de visitarle con frecuencia, realmente en la iglesia, o espiritualmente desde el lugar donde os halléis. Cuando más le visitéis, más gracias conseguiréis; porque apageréis el gran deseo que tiene nuestro Señor de dispensar sus gracias por medio de su Sacramento de amor.

IX. No olvidéis lo que decía el B. Enrique Susón: que Jesús Sacramentado escucha más pronto las oraciones del que le visita, y dispensa con más abundancia las gracias a sus visitadores. Y el Venerable Padre Baltasar Alvarez vio un día a Jesucristo en la Eucaristía que tenía las manos llenas de gracias, mas no hallaba a quien dispensarlas, porque no había quien las buscase.

«Ciertamente —dice San Alfonso— que, entre todas las devociones, esta de adorar a Jesús Sacramentado es la primera, y después de los sacramentos, la más agradable a Dios y la más útil para nosotros. No tardes, prosigue el santo Doctor, oh alma devota, no tardes en comenzarla también tú... *Gustate et videte, quam suavis est Dominus;* experimentadlo y veréis el grande aprovechamiento que sacaréis. Tened por cierto que el tiempo que empleéis con devoción delante de este Divinísimo Sacramento, será el tiempo que más bien os reportará en esta vida y más os consolará en vuestra muerte y en la eternidad. Y sabed que acaso ganaréis más en un cuarto de hora de adoración en la presencia del Santísimo Sacramento, que en todos los demás ejercicios espirituales del día... Y ¿dónde mejor, que a los pies del Santísimo Sacramento, las almas santas han tomado las más hermosas resoluciones? Yo, por esta devoción de visitar el Santísimo Sacramento, aunque practicada por mí con tanta frialdad e imperfección, me encuentro fuera del mundo, donde, para mi desgracia, he vivido hasta la edad de 26 años... ¡Oh, qué delicioso es estarse delante de un altar, con fe y un poco de tierna devoción, para hablar familiarmente con Jesucristo, que allí está expresamente para acoger y escuchar

a quien le ruega! ¿Para qué más palabras? *Gustate et videte*» (1).

X. Ni menos eficaces son las palabras de San Juan Bosco. Tenía, escribe el citado biógrafo suyo Lemoyne, una devoción ternísima al Santísimo Sacramento. Todos los días iba a adorarlo, y a pesar de su edad entrada ya en años, los males que padecía y la hinchazón de las piernas, se postraba en tierra para hacerlo. Luego se recogía en oración, y su rostro parecía entonces el de un serafín. Cuando pasaba delante de alguna iglesia, se quitaba siempre el sombrero en devoto saludo. A los sacerdotes les recomendaba recitar el breviario delante del Santísimo Sacramento, y a todos sin cesar repetía: «¿Queréis que el Señor os conceda muchas gracias? Pues visitadlo con frecuencia. ¿Queréis que os conceda pocas? Visitadlo pocas. ¿Queréis que el demonio os asalte? Visitad raramente a Jesús Sacramentado. ¿Queréis que el diablo huya de vosotros? Visitad con frecuencia a Jesús. ¿Queréis vencerle? Refugiaos muchas veces a los pies de Jesús. ¿Queréis, por el contrario, ser vencidos? Dejad de visitar a Jesús. Carísimos míos, añadía, la visita a Jesús Sacramentado es un medio necesarísimo para vencer al demonio. Id, pues, con frecuencia a visitar a Jesús, y el demonio no podrá nunca nada en contra de vosotros».

Esto hacían, esto sentían y recomendaban los Santos. Probad y lo experimentaréis también vosotros.

CAPÍTULO V

LA COMUNION ESPIRITUAL

I. Según los Santos, la Comunión espiritual es un deseo ardiente de recibir a Jesús Sacramentado, seguido de un afecto amoroso, como si realmente se le hubiese recibido.

Por eso, la Comunión espiritual se puede hacer sin ser

(1) Introd. a las Visitas al Smo. Sacramento.

observado de ninguno, en cualquier lugar y en la hora que se quiera, así de noche como de día. sin necesidad del ayuno ni de la licencia del confesor. Sin embargo, no debemos dejar nunca de hacerla en la iglesia, especialmente cuando oímos la santa Misa y todas las veces que tengamos la dicha de visitar, aunque sea momentáneamente, al Santísimo Sacramento.

San Alfonso, con su precisión de teólogo y su corazón de serafín, propone el siguiente acto para hacer la Comunión espiritual: «Creo, Jesús mío, que estáis en el Santísimo Sacramento. Os amo sobre todas las cosas, y porque os amo, me pesa de haberos ofendido. Mi alma desea con vivas ansias recibiros; pero no pudiendo hacerlo ahora sacrementalmente, venid a lo menos espiritualmente a mi corazón. Y como si ya os hubiese recibido, os abrazo y me uno con Vos. No permitáis que jamás me separe de Vos».

Semejante a la de su santo Fundador era la fórmula usada por San Gerardo Maiella: «Señor mío, yo os creo presente en el Santísimo Sacramento; os adoro con todo mi corazón, y con esta visita intento adoraros en todos los lugares de la tierra, donde estáis sacramentado. Os ofrezco vuestra preciosísima Sangre por todos los pobres pecadores y deseo también recibiros espiritualmente en este momento, tantas veces, cuantos son los lugares que Vos habitáis».

Mas ninguna fórmula está señalada; y basta a veces un solo suspiro, o una sola palabra, para hacer una ferviente Comunión espiritual.

II. La Comunión espiritual es un gran medio de santificación eucarística, y el Padre Fáber añade que «ella, por sí misma, es una de las más grandes potencias de la tierra». San Leonardo de Puertomauricio asegura además que, por medio de la Comunión espiritual, muchas almas llegan a grande perfección; pues así como el apetito es señal de un estómago sano, así también los deseos son indicio de un corazón sano y robusto.

Toda la perfección consiste en la unión con Dios. Ahora bien, la Comunión sacramental produce un doble efec-

to contrario: sacia y acrecienta el hambre de Dios; apaga y enciende, quita la sed y la aumenta. El alma enamorada de Jesús, después de recibir el alimento eucarístico. tiene más hambre que antes; no puede calmarlo más que con las Comuniones espirituales.

El mismo sagrado Concilio de Trento (Ses. XIII, c. 8) alaba mucho esta Comunión espiritual y exhorta a los fieles a practicarla. Los Santos así lo han hecho todos, y aun me atreveré a decir que su vida no fue más que una continua Comunión espiritual. Por eso, la Beata Angela de la Cruz, dominica, llegó a afirmar: «Si el confesor no me hubiera enseñado este modo de comulgar, no hubiese podido vivir». Y tal era su fervor y deseo de recibir a Jesús, que hacía cien Comuniones espirituales al día, y cien por la noche. Parecerán muchas verdaderamente; mas, para las almas sedientas de Jesús, nada es nunca mucho.

III. Cierto que los efectos de la Comunión espiritual no son los mismos que los de la Comunión sacramental; no obstante, si éstos son de oro. aquéllos son de plata. En efecto, un día nuestro Señor se apareció a la Sierva de Dios, Sor Paula Maresca, y mostrándole dos vasos preciosos, el uno de oro y el otro de plata, le dijo que «en el de oro conservaba sus Comuniones sacramentales, y en el de plata, las espirituales». Otra vez dijo el mismo Jesús a la Venerable Juana de la Cruz estas palabras: «Que todas las veces que comulgaba espiritualmente, le concedía una gracia de alguna manera semejante a la que le otorgaba en la Comunión sacramental». Por lo que solía exclamar esta santa alma: «Señor, ¡qué hermoso modo de comulgar es éste! sin ser vista, ni notada, ni dar que pensar a mi Padre espiritual, ni tener que depender de otro más que de Vos, que en la soledad alimentáis mi alma y me habláis al corazón».

Alguna vez también los efectos y consuelos de la Comunión espiritual llegan a superar los mismos de la Comunión sacramental; y esto en virtud de los suspiros y del amor. Porque, decía el Santo Cura de Ars: «El oficio que hace sobre el fuego el fuelle, hace la Comunión

espiritual sobre el fuego del corazón: es el fuelle del amor».

IV. Todo esto con respecto a nuestra alma. Mas hay un corazón que desea más ardientmente ser recibido por nosotros por medio de las Comuniones espirituales: es el Corazón de Jesús Sacramentado. Parecen increíbles las confidencias que acerca de este punto ha hecho a las almas escogidas.

A Santa Gertrudis le dijo: «Aumentaré tus delicias y glorias en el cielo, en proporción de las miradas que des y de los deseos que tengas de la Eucaristía».

A Santa Matilde: «No se encuentra abeja que con tanto ímpetu se arroje sobre las flores a libar la miel, como yo, por la violencia del amor, vengo al alma que me desea». Y en una segunda visión, le dijo: «Todas las veces que me desees, tú me atraes a ti; un deseo, un suspiro basta para hacerme posesión tuya». Y en otra ocasión: «Despertándote debes suspirar por mí con todo el corazón. Deséame con un suspiro de amor, y yo vendré a ti, obraré en ti, y sufriré en ti todos tus padecimientos»».

A Santa Catalina de Sena, embriagada por la dulzura de una Comunión espiritual, le dijo también estas palabras: «En cualquier lugar y de cualquier manera que me agrade, yo, puedo, quiero y sé satisfacer maravillosamente los santos ardores de un alma que me desee».

A la sobredicha Venerable Juana de la Cruz: «Yo ardo en deseos de darme a ti, y cuanto más me doy, tanto más deseo darme nuevamente».

Y a la Beata Ida de Loviano, durante una Misa en que no pudo recibir la Comunión, le habló así dulcemente: «Llámame y yo vendré». «¡Oh Jesús mío! venid», exclamó Ida. Lo recibió espiritualmente, y su alma se llenó de dulzuras celestiales.

V. Pero, ¡oh Dios mío! más increíble parece lo que un día manifestó el Corazón dulcísimo de Jesús a su discípula predilecta Santa Margarita María de Alacoque: «Tu deseo de recibirme ha tocado tan vivamente mi Corazón, que, sino hubiera instituido este Sacramento, lo habría instituido en este momento para unirme contigo».

Ved, pues, cuán grande es la sed de Jesús Sacramentado, cuánto le agrada nuestra sed, y cuánto agradece nuestros deseos, nuestras Comuniones espirituales. De hoy en adelante ¿no las pondremos en práctica también nosotros? La santa costumbre nos las hará fáciles y deleitables, y, sobre todo, nos las hará utilísimas a nuestro adelantamiento eucarístico, que podrá muy bien medirse por el número y fervor de nuestras Comuniones espirituales.

Capítulo VI

MEDITACION EUCARISTICA

I. Todo amor es fuego, más o menos intenso, según sus grados. Ahora bien, todo fuego debe alimentarse, y el amor eucarístico no se libra de esta ley; también él, aunque es fuego místico, tiene necesidad de ser alimentado. Mas el alimento del amor lo da la inteligencia, pues los pensamientos son los que dan vigor a los latidos del corazón; y el bien amado cuanto más se conoce, más se estima; cuanto más se piensa en él, más se le ama. He ahí por qué lo que es el agua para la planta, el aceite para la lámpara y el carbón para el fuego, es la meditación para el amor. Si las consideraciones, pues, son eucarísticas, eucarístico será el fuego que se producirá en el alma, y por tanto, meditar con frecuencia sobre la Eucaristía será medio eficacísimo para llegar a ser almas eucarísticas. Volved a leer cuanto hemos dicho en los capítulos VIII y IX de la primera parte acerca del fuego eucarístico sensible y espiritual.

Mas aquí, con la palabra *meditación*, no entiendo sólo la propiamente dicha, o sea la oración mental, siso que doy a la palabra un significado más amplio, incluyendo en ella *cualquiera atención amorosa de la mente, aunque nada más sea que momentánea.*

II. Cierto que la meditación propiamente dicha es el verdadero horno del amor eucarístico; mas no todos sa-

ben ni pueden hacerla todos los días cómodamente. Todos, en cambio, y con más facilidad, pueden lograr esto, que siempre equivale a la meditación, y muchas veces la supera en los efectos; lo cual se obtiene dirigiendo con mucha frecuencia la mente a Jesús Sacramentado y ofreciéndole sencillos pensamientos o miradas, pero intensamente, de tal modo, que los rayos terminen en saetas, es decir, los pensamientos se conviertan en afectos y las miradas en besos a la divina Eucaristía.

La repetición de estos actos equivale a la meditación, y después de cierto tiempo, cuando se ha sido constante en practicarlos, forman el hábito de la mente, esto es, la atención habitual a Jesús y el pensamiento habitual de la Eucaristía, pero atención amorosa y pensamiento afectuoso porque, con el ejercicio y el tiempo, parece como si las facultades del alma amantes se cambiasen las funciones, y *el corazón piense y el entendimiento ame.* En todas partes el alma se acuerda de Aquél que es su vida. Si pasa delante de una iglesia; si oye sonar la campana, o descubre un campanario, vuela a Jesús con el pensamiento. Si tiene en las manos una flor, o una fruta; si contempla la campiña, el mar o el cielo entrellado; en el pan, en el vino, en el agua, en el aire, en la luz, en todas las criautras encuentra reflejada la belleza, las perfecciones, las gracias de Jesús.

III. No es posible hacer de esto una enumeración completa, pues, al fuego no se le pueden imponer leyes; sabe muy bien él lo que debe hacer y cómo debe quemar, y así es el amor. Sin embargo, aun al fuego, de alguna manera, se le puede regular; y si yo debiese dictar una regla al fuego de las almas eucarísticas, diría así: Por la mañana haced una breve meditacioncilla acerca de la Eucaristía; el punto sea escogido por vuestro corazón. Poned mucho cuidado para que vuestras meditaciones no sean sólo reflexiones especulativas, sino también aplicaciones prácticas a vuestra vida eucarística, y todas ellas concluyan siempre en eficaces propósitos y resoluciones.

Escoged después un pensamiento solo para rumiarlo todo el día, y, si es posible, guardad también en la me-

moria una palabra sola que sea la jaculatoria cotidiana. Aparentemente esta regla parece impedir los impulsos del corazón; pero no los impide, al contrario los dirige como los railes que constriñen el tren, mas lo hacen a fin de que corra más veloz y seguramente. Además, para que los pensamientos santos (como son todos los pensamientos eucarísticos) sean saludables, deben gustarse; cuanto más se gustan, más iluminan y embalsaman el alma. No deben ser como los bocados de pan que apenas se mastican, y mucho menos como las píldoras, que se ingieren de una sola vez, sino como los confites, los cuales se disuelven en la boca para ser saboreados. Y por eso, como los confites se meten en la boca uno a uno, así debe hacerse con los pensamientos eucarísticos.

IV. A la mañana, al levantaros, antes o después de la Comunión, o bien a la noche, antes de acostaros, meted en la mente para la mañana siguiente, un pensamiento eucarístico; y después masticadlo, rumiadlo, disolvedlo en la boca durante el día. Cuanto más se penetra un pensamiento y más se saborea, más se gusta y nos sacia. Del pensamiento mismo meditado sacad aquellas palabras amorosas, que han de serviros como de jaculatoria para todo el día. Un pensamiento solo, una palabra sola al día.

Cuantos más pensamientos metáis en vuestra mente, tanto menos los gustaréis, y vuestro corazón no llegará jamás a ser perfumado del aroma habitual de los pensamientos eucarísticos. No; como una sola Comunión, así, repito, un solo pensamiento, una sola palabra al día, al menos como regla ordinaria. Digo como regla ordinaria, es decir, mientras el alma está en su estado de quietud habitual; porque, cuando el alma, en momentos de insólito fervor, es visitada de las dulzuras y consolaciones del Espíritu Santo, entonces es necesario dejarle obrar y desahogar al corazón únicamente según las luces y los impulsos del divino amor.

Pasados estos consuelos y dulzuras, y vuelta la calma ordinaria, volvamos a escoger nuestro pensamiento y jaculatoria cotidiana, que mantendrán siempre en *calor*

nuestro espíritu y no permitirán que se borre jamás en nosotros el afectuoso recuerdo de la Eucaristía.

V. Para completar estos mis pobres consejos acerca de la meditación y atención amorosa que debemos habitualmente tener hacia el augusto Sacramento del altar, me es grato poner aquí las enseñanzas y exhortaciones de uno de los más insignes maestros de la Iglesia, del dulcísimo San Francisco de Sales, en su Introducción a la vida devota, Parte II, cap. 12. El habla, en general, sobre la necesidad del recogimiento espiritual del alma en sí misma, y sobre el uso de las santas jaculatorias; exhortaciones, que muy bien se pueden aplicar al alma eucarística, y que ésta aun debe absolutamente aceptar como dichas para ella.

Hablando, pues, del retiro espiritual, el santo Maestro dice así: «Ahora es, amada Filotea, cuando yo te quisiera más pronta para seguir mis consejos, porque en este artículo de que vamos a tratar consiste uno de los más seguros medios de tu adelantamiento espiritual. Procura entre día, cuanto más a menudo puedas, llamar tu espíritu a la presencia de Dios, de uno de los cuatro modos que te he mostrado, y mira lo que hace Dios y lo que tú haces; verás a este Señor que tiene vuelto siempre hacia ti su rostro, clavados en ti continuamente sus ojos con amor incomparable. ¡Oh Dios!, dirás, ¿por qué no estoy yo mirándoos siempre, como Vos continuamente me miráis? ¿Por qué habéis de pensar Vos siempre en mí, Señor mío, y yo he de pensar en Vos tan de tarde en tarde? ¿Adónde estamos, alma mía? Nuestra verdadera morada es en Dios; ¿pues dónde, dónde estamos?»

VI. Y prosigue el santo Doctor: «Así como las aves tienen nidos en los árboles donde retirarse cuando lo necesitan, y los ciervos tienen bosques y matorrales donde se esconden y guarecen para tomar el fresco de la sombra en el verano, así nuestros corazones, Filotea, han de buscar y escoger cada día algún sitio, o ya sea en la cumbre del Calvario, o ya en las llagas del Señor, o en cualquiera otro lugar cerca de Él, para retirarnos allí en medio de todas las ocupaciones, para consolarnos y recrearnos en-

tre los negocios exteriores, y para estar allí defendidos de las tentaciones, como en una fortaleza. Bienaventurada será el alma que pueda con verdad decir al Señor; Vos sois mi casa de refugio, mi muralla fortísima, el techo que me defiende de la fluvia y la sombra que me libra del calor».

«Acuérdate, pues, Filotea, de retirarte a menudo a la soledad del corazón, mientras estás corporalmente en medio de las conversaciones y negocios, pues esta soledad mental de ningún modo pueden impedirla todos los que te rodean; porque, como ellos no andan alrededor de tu corazón, sino de tu cuerpo, tu corazón está solo y en presencia de Dios solo».

¡Oh almas eucarísticas! ¿no merecía acaso transcribir yo y vosotras leer esta delicadísima y utilísima página de San Francisco de Sales?

VII. Ni menos hermosa es la otra que sigue sobre *las aspiraciones, oraciones jaculatorias y buenos pensamientos*. Oigámosla: «Nos retiramos en Dios, porque aspiramos a Él para retirarnos; de modo que la aspiración a Dios y el retiro espiritual son dos cosas que se ayudan recíprocamente y una y otra provienen y nacen de los buenos pensamientos».

«Aspira, pues, a Dios muy a menudo, Filotea, con breves pero ardientes suspiros del corazón; admira su hermosura, implora su auxilio, arrójate en espíritu a los pies de la cruz, adora su bondad, consúltale continuamente sobre tu salud espiritual, entrégale mil veces al día tu alma, fija la vista interior en su dulzura, extiende hacia Él los brazos como un niño chiquito a su padre, para que Él te lleve; ponle como delicioso ramillete sobre tu pecho, fíjale en tu alma como bandera, y ejercita todos los movimientos del corazón para concebir amor de Dios, y excitar en ti una tierna y apasionada dilección del divino Esposo».

«Estas son las oraciones jaculatorias..., por medio de las cuales, dedicándose nuestro espíritu al trato, privanza y familiaridad con Dios, quedará perfumado con el olor suavísimo de sus perfecciones. Y no creas que es dificul-

toso este ejercicio, porque se puede interpolar en todos los negocios y ocupaciones, sin estorbarlas; puesto que si nos distraen de ellas el retiro espiritual y las aspiraciones interiores, es sólo un instante, y esto sin perjuicio, antes bien con provecho de lo mismo que estamos haciendo. El caminante que bebe un trago de vino para avivar el espíritu y refrescar la boca, aunque por esto se detenga un poco, no interrumpe el viaje, antes bien cobra fuerzas con que llegar más pronto y descansado, y si se detiene es para caminar mejor».

Y concluye: «En este ejercicio del retiro espiritual y de las oraciones jaculatorias estriba la grande obra de la devoción: él solo puede suplir la falta de las demás oraciones; pero la falta de éste es casi imposible repararla por otro medio; sin él no se puede seguir bien la vida contemplativa, ni tampoco desempeñar debidamente la activa; sin él, el reposo es ociosidad, y el trabajo estorbo; por lo cual te aconsejo que le abraces de todo corazón y que jamás le dejes».

¡Oh dulcísimo San Francisco! obtenednos la gracia de poner en práctica, aun en el camino de la perfección eucarística, vuestras sabias enseñanzas.

VIII. ¡Bienaventurada, pues, el alma eucarística, que a la meditación propiamente dicha, sepa unir habitualmente esta atención amorosa y casi continua al Santísimo Sacramento! ¡Bienaventurada el alma que sepa alimentarse suavemente de pensamientos eucarísticos!

Mas supongo que alguno deseará saber de qué fuentes se podrá con más facilidad sacar tales pensamientos y sentimientos eucarísticos; y por eso es justo que también de estas fuentes digamos alguna cosa, lo cual hacemos muy gustosos.

Las fuentes principales de pensamientos eucarísticos pueden, según mi modo de ver, reducirse a cuatro: 1.º, el corazón; 2.º los símbolos; 3.º, la liturgia; y 4.º, los libros.

CAPÍTULO VII

FUENTES DE PENSAMIENTOS EUCARISTICOS

PRIMERA FUENTE: EL CORAZÓN

I. Nuestro corazón es un mundo; cuanto más se le explora, más queda por explorar. Si está sereno, es un jardín delicioso, una primavera llena de luz, gloria, ternuras, heroísmos, de encantos... Si está agitado, es un profundo abismo, una tempestad, un mar alborotado...

Plástico el corazón del hombre, se presta, cual instrumento musical, a todas las notas y cantos, a todas las cadencias, ya sean alegres o tristes, altas o bajas, fuertes o suaves, sagradas o profanas. ¡Qué sonidos no dan las cuerdas del corazón tocadas por el amor o por el dolor, agitadas por la ira o por el desdén, por el arrepentimiento o por el remordimiento! ¡Qué sonidos no producen especialmente cuando son pulsadas por los dedos mismos de Dios! Por eso, *el mejor libro es el corazón*, decía Santa Teresa de Jesús, que tuvo un corazón hermosísimo.

En nuestro corazón está la historia de nuestra vida. ¡Cuántas fechas memorables se han escrito en él! cuántas escenas y cuántos hechos, cuántas alegrías y penas, cuántas culpas y perdones se han anotado en él! Nuestro corazón es además nuestro *calendario*. ¡Cuántos pensamientos y cuántos recuerdos, cuántos aniversarios podemos sacar de nuestro corazón, y alimentar con ellos nuestro espíritu y perfumar todos los días el Tabernáculo!...

SEGUNDA FUENTE:
LOS SIMBOLOS DE LA CREACION

II. Manantial fecundo de pensamientos santos es además el espectáculo de la creación. la cual ha producido siempre en todas las almas santas un grande encanto.

Dice Tertuilano que Dios, antes de darnos por maestro la profecía o revelación, nos dio la naturaleza: *naturam praemisit submissurus et prophetiam:* primero nos habló con las fuerzas creadas, y después con las voces de los profetas: *viribus praedicavit antequam vocibus* (1). Para todas las almas grandes —y especialmente para las contemplativas, como la del Seráfico Padre San Francisco—, la creación ha sido un libro divino, una verdadera Biblia natural. En todas las criaturas veían una sonrisa o un reflejo de Dios, un llamamiento para ir a Dios; la escala de la creación se convertía para ellas en escala de elevación.

De ella ¡cuántos pensamientos suaves y delicados podemos sacar también nosotros para nuestro eucarísticos amores!

Por ejemplo: un día pediré a Jesús Sacramentado la gracia de que sea yo su flor. Mas entre las flores ¡cuántas hay, como el lirio, la rosa, la violeta, el jacinto, y así de otras, que son símbolos delicados de virtud! Todo el día reflexionaré sobre este pensamiento: que yo debo ser la flor de Jesús; lo miraré en todos los sentidos, y lo pondré en parangón con otros pensamientos. Por ejemplo, diré: mas hasta hoy ¿qué flor he sido yo? ¿hermosa o fea? ¿fresca o marchita? ¿olorosa o sin olor? ¿intacta o roída por los gusanos?... Y si, en vez de flor, ¿fuese una hierba mala?... y ¿si fuese más bien una espina?... ¡Mucho lo temo, Dios mío!

Ved cuántos pensamientos están encerrados en este solo pensamiento.

III. De estos símbolos deberé escoger y pensar cada día en uno; y la creación me ofrecerá cuantos yo quiera, los cuales, por medio de la meditación, puedo fácilmente convertirlos en símbolos eucarísticos.

La espiga, la vid, el olivo... después, la paloma, el pájaro solitario, la tórtola, el pelícano, la abeja, la mariposa, la ovejita... el cirio, el incienso, el timiama, el incensario, la lámpara, el órgano, el arpa... además el bálsamo,

(1) Tertul. De resurrect. carnis. cap. VII.

la miel, la mirra, el aceite..., el altar mismo, el copón, la custodia, el cáliz, los corporales... la misma hostia de trigo, el mismo vino de la santa Misa... y otros muchos todavía, son símbolos hermosísimos, que podrán deleitarme un día y otro, si un día y otro los aplico a mí y a la santa Eucaristía. *Gustate et videte,* gustad y veréis.

TERCERA FUENTE: LA LITURGIA

IV. En primer lugar, las fiestas son nuestras delicias, las delicias de las almas; ellas son días de paraíso, días de cielo para nosotros; y si para cualquier alma cristiana el prepararse dignamente es un deber, imaginaos cuánto debe serlo para un alma eucarística. El único defecto que tienen las fiestas es que son simplemente conmemorativas; pero, celebradas con la participación de la Eucaristía, las fiestas vienen a ser vivas y reales, porque vivo y real es el Protagonista de ellas, que es Jesús Sacramentado.

En estos días solemnes la preparación y acción de gracias de la Comunión y los pensamientos eucarísticos en que debemos ocuparnos durante todo el día, nos los inspirará el misterio mismo que se celebra. Pero no olvidéis que la Comunión de estos días debe ser Comunión *de gala;* pues, así como el día festivo es muy distinto de los días feriales, así también la Comunión del día de fiesta debe ser muy distinta de las Comuniones ordinarias. En estos días felices debemos pensar con la mente de la Iglesia, latir con su corazón, creer con su fe, regocijarnos con su fervor, hablar con su lengua y sus palabras, pues, si hay palabras de la Iglesia que debemos repetir, son las que ella dice en la liturgia de las fiestas, porque son palabras escogidas. palabras sublimes y profundas; son palabras de Esposa y de Madre... palabras de Dios.

V. Así, por ejemplo, en el cielo de las fiestas de Navidad. de la Semana Santa o de las fiestas de Pascua, todas las palabras de la liturgia son una revelación, una poesía, un aroma, una incensación. Al asistir entonces a

las sagradas funciones, al escucharlas y meditarlas, se llora, se canta, se gime. se goza; pero, sobre todo, nos sentimos tan dulcemente recreados en el seno maternal de la Iglesia, tan cercanos al cielo, tan próximos al seno mismo de Dios.

Mas el pensamiento que da vida y vigor a las fiestas es éste: el Jesús, que recibo en la santa Comunión es realmente el Niño de Belén, el Crucificado de la Semana Santa, el Resucitado del día de Pascua.

Las fiestas, celebradas sin la Eucaristía, me parecen incompletas, vacías, estériles, simples recuerdos; mas, celebradas con Jesús y en Jesús Sacramentado, son gozo de paraíso.

VI. Gozo de paraíso es, con Jesús en el pecho, entonar el invitatorio de Navidad: *Christus natus est nobis, venite adoremus!* Gozo de paraíso es, con Jesús en el pecho, cantar con los Angeles: *Gloria in excelsis Deo,* o unirse a las dulces zampoñas de los pastores de Belén. Gozo de paraíso es postrarse junto con los Santos Magos, el día de la Epifanía, delante de Jesús encerrado en nuestro pecho, y ofrecerle oro, incienso y mirra; o bien, el día de la Purificación, ofrecernos a Jesús, huésped nuestro, como una de aquellas palomas o tórtolas ofrecidas por la Virgen, o cogerlo en nuestros brazos, como al anciano Simeón.

Y ¿qué decir de la Semana Santa? ¿Qué es un Jueves Santo sin Comunión? Y el Viernes Santo ¿no es más triste, porque no podemos recibir la Comunión? Y el Sábado Santo y Domingo de Resurrección, en el momento dichoso en que viene a nosotros el Resucitado Sacramentado, ¿no gustamos entonces toda la fuerza y suavidad del *Resurrexit* y del *Alleluja?*... ¡Oh!, sin la Eucaristía, las fiestas de los cristianos serían fiestas sólo en figura; con la Eucaristía, en cambio, son fiestas en realidad.

Y lo que digo de las fiestas del Señor, debe decirse también de las fiestas de la Santísima Virgen, la cual es inseparable de Jesús, como la planta de su flor; y de las fiestas de los Santos, que también son inseparables de Jesús, como flores del propio árbol.

VII. Antes de terminar este punto, quiero añadir otros dos pequeños consejos, y son éstos.

El primero es que, en cada semana, además de las intenciones cotidianas generales. debemos tener intenciones particulares. Por ejemplo: los sábados debemos consagrarlos eucarísticamente a María Santísima; los miércoles a San José; los lunes a las Almas del Purgatorio; y en esos días debemos decir, dar y hacer por Jesús, lo que ellos, dijeron, dieron e hicieron. ¡Qué fuente de pensamientos y de amores eucarísticos sería ésta! De la misma manera, durante el año, deberíamos tener intenciones particulares, como el aniversario del bautismo, de los votos, de nuestros difuntos y, especialmente, de los primeros Viernes. consagrados al Corazón dulcísimo de Jesús, o de los santos Patronos o del Angel de la Guarda. Cada alma fervorosa debería tener, además del calendario eucarístico general, el suyo particular; de modo que todos o casi todos los días reciban un perfume especial de Eucaristía.

El otro consejo es éste, que no sólo en los días festivos, sino, generalmente hablando, el alma eucarística debería aprender de memoria, o leer frecuentemente, traducidos, las principales oraciones, himnos y salmos de la liturgia. Cuando tenga oportunidad, recitarlos devotamente en la iglesia delante del Santísimo Sacramento, y después, en el curso de la jornada, repetir algún versículo o alguna estrofa. ¿Puede haber oraciones más excelentes, más seguras y aceptas a Dios, que las oraciones de la Iglesia, como el *Pange lingua,* el *O Sacrum convivium,* el *O Salutaris Hostia,* el *Adoro Te devote,* el *Aveverum Corpus natum,* el *Lauda Sion Salvatorem,* el *Jesu, dulcis memoria,* el *Te Deum laudamas,* el*Magnificat,* el *Miserere,* el *Benedictus?* San Alfonso dice que un solo Oremus del Breviario, porque es palabra de la Iglesia, es más precioso que todas nuestras oraciones privadas.

Es necesario recordar además que ninguna oración es tan eucarística como aquella misma de Jesús, o sea el *Pater noster,* recitado en Él y con Él en el corazón.

VIII. ¡Oh, cuán grande ha sido la estima que los Santos han tenido de la lectura espiritual! Basta por todos el ejemplo del glorioso Patriarca Santo Domingo, el cual, estrechando contra el pecho y besando respetuosamente sus libros devotos, decía: *Estos me dan leche.*

Mas no sólo los libros amamantan el espíritu, sino que lo fortifican, porque son pan; lo refrescan, porque son fuentes; lo endulzan, porque son panales de miel; lo sanan, porque son medicina; lo dirigen, porque son guías seguros, y lo defienden, porque son armas de defensa. Por lo que, acada una de las almas eucarísticas, repito la recomendación que el Apóstol hacía a su discípulo Timoteo: *Attende lectioni,* «aplícate a la lectura» (1).

IX. La Santísima Virgen y el Patriarca San José, habiendo perdido el divino Hijo y buscándolo por espacio de tres días, al cabo del tercero, lo hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, a quienes escuchaba y preguntaba. A Jesús, pues, no se le halla sino en el templo y en medio de los doctores.

De la misma manera, nosotros hallaremos a Jesús Sacramentado, no sólo *in templo,* en los santos Tabernáculos, sino también *in medio doctorum,* en las páginas de los libros devotos. Mucho más si reflexionamos con San Jerónimo que, cuando oramos, hablamos al Esposo: *oras? loqueris ad Sponsum;* mas, en cambio, cuando leemos, el Esposo nos habla a nosotros: *legis? ille tibi loquitur* (2).

Y hoy son tantos los libros que tratan del Sacramento del amor, que se puede muy bien fundar una verdadera biblioteca eucarística. Por eso, según vuestros medios, y especialmente, según vuestra capacidad, procuraos algún buen libro eucarístico y también algunas vidas de Santos, escogiendo a los que fueron más enamorados de la divina Eucaristía, para poderlos admirar e imitar en el amor ardiente que tenían a Jesús Sacramentado.

(1) 1 Tim. IV, 13.
(2) Epist. 22.

X. Mas no toda lectura alimenta el espíritu; por lo cual, creo útil dar algunos breves consejos.

1. Acordaos de la sentencia de Santa Teresa: *El libro más hermoso es el corazón.* Por eso, a la palabra de cualquier autor, debemos preferir la nuestra; porque la palabra que Jesús aceptará con más agrado es la que sale de nuestro corazón.

2. Se acostumbra, pues, mal el que habla siempre al Señor con los libros en la mano; parecería que no sabe decirle dos palabras que sean suyas. ¡Oh Dios mío!, recibiendo un amigo en casa, para decirle dos palabras y acogerle con cariño, ¿tendremos necesidad de coger el vocabulario en la mano? ¿Tendremos, pues, necesidad absoluta de los libros para decir a Jesús: «¡Oh Señor! seáis bienvenido a la pobre casa de mi alma? Lo sabéis, Jesús mío, vivo sólo para Vos, todo para Vos, siempre para Vos...» o palabras semejantes?... ¿Qué decía la Magdalena a su Maestro *Rabboni,* y no sabía decirle otra cosa. Y ¿San Francisco de Asís? *Deus meus et omnia,* y con esto lo decía todo.

XI. 3. Por tanto, cuando nuestro corazón está lleno y rebosante de amor, no debemos recurrir a los libros; en cambio, debemos recurrir a ellos cuando tengamos necesidad de fuego, pero sólo con el fin de que enciendan el fuego en nuestro corazón. Notad bien esta última advertencia; la lectura de los libros no debe ser fin, sino medio. Los libros son como los fósforos; a éstos recurrimos cuando el fuego está apagado; y no sólo esto, sino que, si un fósforo o dos o tres bastan para encenderlo, no usamos más. Pues de la misma manera, si la página de un libro, si un capítulo o tal vez dos o tres períodos son suficientes para conmovernos y enfervorizarnos, y el fuego se enciende y el fin se ha obtenido, ¿para qué seguir adelante en la lectura? Lo que leáis de superfluo, apagará el fuego que ha encendido en vuestro corazón lo que hayáis leído anteriormente; puesto que consigue el fin, no quien lee mucho sino quien lee bien.

4. Mas, para que se lea bien, es menester leer como el que come para reparar las fuerzas perdidas, no como

el que devora por glotonería, o el que prueba muchos manjares sin saciarse de ninguno. Es vulgar el dicho de que *la primera digestión se hace en la boca;* cuanto más se mastica el alimento, mejor se digiere. Así acontece con la lectura, que es una verdadera alimentación del espíritu; cuanto más se reflexiona sobre las palabras que se leen, mejor se digiere; cuanto más se medita, mejor se asimila. Por eso, la gran necesidad que tenemos, cuando leemos, de pedir luz al Espíritu Santo.

Muy sabia es la sentencia de San Gregorio: *Multi legunt, et a lectione jejuni sunt* (1): «muchos leen, y sin embargo, quedan ayunos de la lectura». Y la razón es porque leen mucho por la sola curiosidad o con gran descuido, sin masticar lo que leen ni reflexionar sobre ello. De donde se sigue, que, después de la lectura, quedan tan vacíos como antes y tan fríos y sin fervor: *Multi legunt, et a lectione jejuni sunt.*

XII. 5. *Temo al lector de un solo libro* fue dicho también sabiamente; porque el que lee siempre el mismo libro, acabará por profundizarlo y hacérselo suyo, y llegará a ser él mismo el libro. Y quien es un libro viviente y parlante, de seguro que en todas las discusiones es de temerse.

Almas eucarísticas, yo no os digo que leáis un solo libro, sino que leáis pocos, y uno después de otro. Y sobre todo, leedlos bien; gustadlos palabra por palabra; cuando un pensamiento os hiere, u os conmueve, pararos, no sigáis más adelante; cerrad el libro hasta que hayáis saboreado aquel pensamiento con la suavidad que os concederá el Divino Espíritu. Y así como, cuando queremos encender el fuego, no bastan los fósforos, sino que es menester también la materia combustible, así también, a los fósforos, que son los pensamientos del libro, unamos nuestros afectos, juntemos nuestras oraciones, nuestras aplicaciones prácticas y resoluciones, que son como carbones espirituales.

Estas, pues, son las lecturas que alimentan e inflaman

(1) Homil. 10 in Ezech.

el espíritu; y al paso que no tendremos siempre tiempo para hacer una lectura larga, en cambio, lo encontraremos siempre y con frecuencia, aun durante el día, para hacerlas breves, pero jugosas y eficaces.

XIII. Un último consejo quisiera dar acerca este punto, y es el siguiente: cada alma eucarística tenga su *cuadernito eucarístico.*

Sí, cada uno, según la intensidad de su amor a Jesús Sacramentado, copie en un cuadernito todos los pensamientos más hermosos que lee, o siente, o que brotan en su mente meditando. Este sí que es el oficio de la abeja amorosa; mas, sobre todo, escriba en él las palabras más bellas del Evangelio, las palabras dichas por Jesús, quien un día dio a Santa Gertrudis este aviso: «Busca, hija mía, aquellas (entre las palabras) que más respiran amor; escríbelas, y después consérvalas como preciosas reliquias y ten cuidado de leerlas con frecuencia... Créelo; las más preciosas reliquias que de mí quedan sobre la tierra, son las palabras de mi amor, las palabras salidas de mi Corazón dulcísimo».

He aquí, pues, las cuatro fuentes principales, que pueden tener nuestra mente habitualmente llena de santos pensamientos eucarísticos, y nuestro espíritu continuamente encendido en santos eucarísticos afectos; a saber, nuestro corazón, los símbolos de la creación, la liturgia de la Iglesia y los libros devotos.

CAPÍTULO VIII

ULTIMAS REFLEXIONES Y CONSEJOS

JESUS SACRAMENTADO, LA VIRGEN, EL PAPA

I. Tengo pena al dejaros, más debo hacerlo, oh almas eucarísticas, pues aun las conversaciones santas tienen su término. Dios sabe cuántas cosas más y mejores habría deseado deciros, mas aceptad aquello que he podido y como he sabido decíroslo; compadeceos de mí y enco-

mendadme al Señor. Mientras tanto, os atraiga y tenga unidos a sí Aquél que dijo: «Y cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré a mí» (1).

A vuestro Jesús creedlo presente en el Santísimo Sacramento del altar, amadlo ardientemente e imitadlo fielmente. Alegraos pensando que nada le honra tanto como vuestra fe, nada le alegra tanto como vuestro amor, y nada le complace tanto como vuestra imitación. Sed felices con pertenecer a Jesús Sacramentado; sed todo suyos... suyos a toda costa... eternamente suyos. Suspirando por la Comunión eterna, vivid mientras tanto de la carne y de la sangre del Salvador, el cual suavísimamente os llevará a la consumación del amor y de la unión con el Padre y el Espíritu Santo.

III. Y así como la suerte del antiguo pueblo hebreo estaba ligada al Tabernáculo legal, así también vuestra suerte, voluntades y corazones estén ligados al Tabernáculo eucarístico. A semejanza del antiguo, también nuestro Tabernáculo sea *Tabernaculum testimonii et foederis;* esté allí para testimoniar el amor de Dios a los hombres y el de los hombres a Dios, y hacer patente la alianza del Padre con nosotros, mediante su amado Hijo, nuestro mediador y fiador. También de nosotros, los cristianos, y de nuestro Tabernáculo hablaba el amoroso Señor cuando decía: «Fijaré mi Tabernáculo en medio de vosotros, y no os desechará mi alma. Andaré entre vosotros, y seré vuestro Dios, y vosotros seréis el pueblo mío» (1). ¡Oh, cuán grande es la gloria, la suerte y felicidad de los cristianos!

Sea, pues, el Tabernáculo el centro de vuestros amores y solicitudes, de vuestras expansiones y confidencias, y, sobre todo, de vuestras oraciones y esperanzas.

III. Sí, sí, de vuestras oraciones y esperanzas... Desde el Tabernáculo antiguo el pueblo hebreo enviaba al cielo sus súplicas,y desde el mismo Tabernáculo recibía las respuestas que Dios le daba. También Jesús nos ha-

(1) Jo. XII, 32.
(1) Lev. XXVI, II, 12.

blará desde nuestro Tabernáculo, si su pueblo, que somos nosotros, pueblo santo, pueblo de Dios, le habla a él. Delante del Tabernáculo esperemos por todos y roguemos por todos: por nosotros mismos y por los que nos son queridos; por los justos y por los pecadores; los amigos y enemigos; por los fieles e infieles; por los herejes y cismáticos. Roguemos por los que gozan de salud y por los moribundos; por los vivos y por los difuntos; por las familias y por los pueblos; por las sociedades y por las naciones. Pero, sobre todo, roguemos por la Iglesia; ¡ah! roguemos por la santa Madre Iglesia, por su clero, por los Obispos, por las Ordenes religiosas, por las misiones y misioneros, por todas las instituciones y obras católicas. Sí, roguemos, roguemos mucho y ardientemente por todos los que constituyen la santa Madre Iglesia Católica Apostólica, Romana. Delante del Tabernáculo del Rey de los resyes todo y todos tengan parte en nuestras oraciones, en nuestros amores y esperanzas.

IV. ¡Oh, cuán grande es el poder de la oración hecha especialmente delante del santo Tabernáculo! No nos olvidemos que la suerte del munod está en manos de los que oran. Por eso, me parecen los Tabernáculos eucarísticos, esparcidos por el mundo, como las oficinas centrales de los telégrafos y teléfonos. Los hilos de la tierra al cielo, y del cielo a la tierra; los hilos de las tres Iglesias, militante, purgante y triunfante, y de todos los corazones, de todas las almas y de todos los creyentes van a parar a los Tabernáculos, y en ellos se unen y se ponen en comunicación con el Corazón adorable de Aquél, que es el Mediador del cielo y de la tierra, la Cabeza de todas las Iglesias, el Primogénito de los vivos y de los muertos, el Monarca pacífico, Salvador de todos los pueblos y de todos los tiempos.

He ahí la importancia de un Tabernáculo y de un alma eucarística que ora delante de él.

Mas he recordado a todos, y, no obstante, he dejado de pronunciar aún el nombre más augusto que hay sobre la tierra; olvidarlo sería ingratitud muy grande, y callarlo, una irreverencia. Este nombre augusto yo me apresuro,

pues, a pronunciarlo... Callad e inclinad las frentes, oh almas eucarísticas: este nombre au-gusto es *«el Papa»*.

V. ¡El Papa!... su figura, blanca como la blanca hostia, no puede separarse de Jesús Sacramentado.

En la tierra, dos personas y dos dogmas son especialmente inseparables: Jesús Sacramentado y el Papa, el Papado y la Eucaristía. Separalos, querría decir separar el cuello de su cabeza y cortar el tronco de su raíz; querría decir separar el edificio de su base, la fuente de su manantial; en una palabra, PEDRO de su PIEDRA... lo cual es imposible.

Jesucristo es eternamente Piedra angular de la Iglesia; el Papa es eternamente Pedro; y así como el Obispo no es separable de su Vicario, y el Rey de su Guardasellos, así tampoco Jesús, Pontífice y Rey por excelencia, no puede separarse del Papa, que es su Vicario y Guardasellos. El Obispo con su Vicario, particularmente si le ha constituido *Alter Ego*, forman una sola mente y un solo corazón, una sola cátedra y un solo tribunal; y así lo forman también Jesucristo y su Vicario en la tierra. El Rey da las leyes, mas es su Guardasellos el que las hace auténticas, sellándolas, y después, debidamente promulgadas, las convierte en leyes oficiales.

Por consiguiente, según la constitución divina, no es solamente el Papa el que no puede separarse de Jesús, sino que es Jesús mismo el que no puede ya separarse del Papa, ni tampoco del Papado puede separarse ya la Eucaristía.

Es cierto que la Eucaristía la instituyó Jesús, y no el Papa; mas el Papa, y solamente el Papa, es quien la autentiza, pues Jesucristo no ha instituido una Eucaristía cualquiera, sino la verdadera Eucaristía.

VI. Y ¿cuál es la verdadera Eucaristía?... En esta pregunta están encerradas otras muchas preguntas, y todas ellas gravísimas, como éstas: ¿de qué se compone la Eucaristía?... ¿qué cosa es?... ¿cuáles son sus efectos?... ¿quién puede consagrar la Eucaristía?... y ¿cómo puede y debe hacerse?... ¿quién puede recibirlo?... ¿quién debe?... y ¿cuánto y cómo?... ¿puede conservarse la Euca-

ristía?... Cuántas preguntas y respuestas se requieren, pues, para conocer la verdadera Eucaristía instituida por Jesús.

Ahora bien; es sólo la Iglesia quien puede indagar semejantes verdades por medio del Papa; sólo la Iglesia puede declararlas por medio de su boca, que es el Papa; sólo ella puede imponer sus definiciones por medio de su Cabeza, a quien únicamente fueron dadas las llaves. ¿No ha sido el Papa quien, poco a poco, según las necesidades, ha formulado y sancionado a través de los tiempos la teología y legislación eucarísticas? Si hoy sabemos con tanta certeza y precisión lo que debemos creer acerca de la Eucaristía, y lo que, con respecto a ella, debemos hacer, lo sabemos por el Papa.

VII. Y digo Papa y no Papas; porque los Papas mueren, pero el Papa no muere nunca.

Ni hablo de las luchas encarnizadas que, en veinte siglos, ha debido sostener el Papa, a la cabeza del ejército docente, contra las numerosas falanges de los enemigos de la Eucaristía. Lo que hizo estúpidamente Pilato, poniendo sellos y centinelas en el sepulcro de Cristo para que no fuese robado, sabiamente lo ha hecho el Guardasellos de Dios, el Papa. Ha puesto los sellos en el monumento eucarístico, en el Tabernáculo de Jesús Sacramentado, para que no nos fuesen robadas la verdadera carne y la verdadera sangre del Salvador. ¡Ay, pues, del que osase acercarse; anatema al que intente romper los sellos de Dios!...

Es el Papa el centinela de Jesús, y el Papado, el sello de la Eucaristía, que la hace auténtica y oficial en todos los pueblos de la tierra. De esta suerte, tenemos un solo Papa y un solo Jesús Sacramentado: Jesús, fundador y defensor del Papado; y el Papado, vindicador y autenticador de la Eucaristía.

VIII. Mas no es esto sólo. Es bien sabido que el Apóstol San Juan no fue solamente el discípulo amado de Jesús y el hijo predilecto de María Santísima, sino que

fue también el compañero inseparable de San Pedro (1). Cuánta fuerza y significación tienen estos dos nombres ilustres citados y repetidos tantas veces juntos en los *Hechos de los Apóstoles: Petrus et Joannes, Petrus et Joannes.* Ya el mismo divino Maestro los había escogido a los dos y enviado juntos a preparar el Cenáculo; y más tarde, ellos dos solamente fueron los que corrieron juntos al sepulcro de Jesús resucitado.

San Lucas, haciendo el catálogo de los Apóstoles, congregados en el Cenáculo para esperar la venida del Espíritu Santo, pone a San Juan inmediatamente después de San Pedro: *ascenderunt ubi manebant Petrus et Joannes* (2). Juntos van al templo a la hora de la oración; y viéndolos entrar, a los dos les ruega a la vez que le den limosna el pobre paralítico, que estaba colocado a la puerta llamada «*Speciosa*». Y aunque es verdad que sólo San Pedro habla con el paralítico, sin embargo, él no intenta separar de sí a San Juan. Juntamente con él lo mira: *Intuens autem in eum Petrus et Joannes,* y también en nombre de Juan dice a aquel pobrecito: *Respice in nos,* «mira hacia nosotros» (1). Como estuvieron unidos en el milagro del paralítico, así lo estuvieron también en la persecución que, por motivo de este milagro, suscitó contra ellos el Sanedrín; unidos permanecieron en la constancia de confesar al Maestro Crucificado: *Videntes autem Petri constantiam, et Joannis* (2); y unidos, en fin, en dar la respuesta a los ancianos: *Petrus et Joannes respondentes, dixerunt ad eos* (3).

Ni los Apóstoles tuvieron nada que censurar en esta íntima unión de Pedro y Juan; antes bien, sabemos que, cuando ellos conocieron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allí a Pedro y a Juan (4). Esto

(1) Ct. Merlini. S. J. «Il diletto di Gesú». Perrogativa seconde.
(2) Act. I, 13.
(1) Act. III, 4.
(2) Ib. IV, 13.
(3) Ib. IV, 19.
(4) Ib. VIII, 14.

indica que los Apóstoles aprobaban en su corazón esta singular unión de los dos santos compañeros.

IX. Es cierto, pues, que San Juan haya sido el predilecto de San Pedro, es decir, del primer Vicario de Jesucristo, del primer Papa. San Pedro conoció la necesidad de amar con predilección al que con preferencia había sido amado por Jesucristo; y San Juan conoció asimismo la necesidad de unirse íntimamente al que era en la tierra la continuación visible de su Maestro. El amor de Jesús a San Juan pasaba al corazón de su Vicario, y el amor de Juan a Jesús se enderezaba a la persona de San Pedro. No puede menos de ser el preferido de San Pedro el preferido de Jesús; ni tampoco puede menos de ser carísimo a Jesús, quien es carísimo a su Vicario. Y, por lo contrario, exigiría lo imposible quien pretendiese agradar a Jesús y desagradar a su Vicario, o agradar a su Vicario y desagradar a Jesús. No son dos amores, sino un solo amor, que de la Cabeza invisible desciende a la visible, y de ésta torna a subir a aquélla.

Si el alma, pues, es verdaderamente eucarística, es decir, devotísima de Jesús Sacramentado, no puede menos de ser también devotísima del Papa; y quien desagrada al Papa no es, ni será jamás un alma cara a Jesús Sacramentado. Por lo cual, hemos de procurar siempre que se encienda más y más y se acreciente en nuestros corazones, junto con el culto eucarístico, el amor al Pontificado.

X. ¡Oh amados lectores! ahora sí que es ya tiempo de dejaros. Mas el hermoso pensamiento con que intento dejaros, es precisamente éste: el Apóstol San Juan, ejemplar nobilísimo de todas las almas eucarísticas, fue objeto de la triple predilección de Jesús, de María y de San Pedro; fue el Benjamín de Jesús, en cuyo pecho mereció reclinarse; fue el hijo de María y el compañero inseparable de Pedro. Estos tres amores no se pueden separar ni romper; son tres anillos de oro encadenados entre sí, y romper un anillo es romper los tres.

Como consecuencia del amor que tenéis a Jesús, amad ardientemente a su dulcísima Madre y a su Vicario; el

amor a María Santísima y al Papa sea prueba y señal cierta de que amáis sinceramente a Jesús Sacramentado.

¡Oh almas eucarísticas, adiós! Os dejo, y dejo también mi libro a los pies de Jesús Sacramentado y de su Vicario. Os dejo con los ojos levantados al cielo, el corazón vuelto hacia el Tabernáculo y las manos asidas fuertemente, la una a las manos de la Madre Iglesia, y la otra a las de María Inmaculada, nuestra Señora del Santísimo Sacramento.

Después de Dios, que es nuestro primer principio y último fin y nuestra eterna recompensa, sean tres nuestros grandes, nobles e inextinguibles amores:

LA EUCARISTIA, LA VIRGEN, EL PAPA
LAUS DEO B. VIRGINE MARIAE

INDICE GENERAL

Presentando las otras ediciones 6

PRIMERA PARTE

QUIÉN ES EL ALMA EUCARÍSTICA

CAP.

I. Qué cosa es la vida eucarística 9
II. Qué requiere la vida eucarística . . . 21
III. *Grados de perfección eucarística.* — Primer grado: «Los discípulos eucarísticos, o sea la Comunión diaria» 31
IV. Segundo grado: «Los Ciervos eucarísticos». 44
V. Tercer grado: «Las Magdalenas eucarísticas» 52
VI. Languidez eucarística 60
VII. Herida eucarística 65
VIII. Fuego eucarístico sensible 72
IX. Fuego eucarístico espiritual 76
X. Transformación eucarística 85
XI. La Virgen, el Santísimo Sacramento y el alma eucarística 91
XII. La jornada eucarística. — 1.º Oración . 100
XIII. La jornada eucarística. — 2.º Trabajo: ¿por qué? 109
XIV. Cómo trabaja el alma eucarística 116
XV. La jornada eucarística. — 3.º Sacrificio . 126
XVI. Sobre el Calvario. — Oficios dolorosos del alma eucarística 135

XVII. Aún sobre el Calvario. — (*Continuación*). . . 144
XVIII. La nostalgia del cielo 155
XIX. Hacia el ocaso... ¡El Viático!... 165
XX. ¡La muerte llega! 175
XXI. Los últimos preparativos 184
XXII. ¡La partida! 192
XXIII. ¡El cielo!... «*Requiem, lucem, pacem dona!*» 203

SEGUNDA PARTE

CÓMO SE CONOCE EL ALMA EUCARÍSTICA

Reglas para conocer al alma eucarística 221

CAP.

I. Primera regla negativa, o de exclusión: El pecado mortal 221
II. Segunda regla negativa, o de exclusión: La tibieza habitual 227
III. Primera regla positiva: Fe Eucarística . 233
IV. Segunda regla: Delicadeza eucarística . . 248
V. Tercera regla: El amor eucarístico. — Su necesidad 257
VI. *Pruebas del verdadero amor.* — Primera prueba: Observancia de los preceptos y de las palabras de Jesús 267
Segunda prueba: La fidelidad al divino Amigo 270
Tercera prueba: «Donde está vuestro tesoro, allí también está vuestro corazón» . . 272
VII. Cuarta regla: Celo eucarístico 282
VIII. Quinta regla: Apostolado del ejemplo . . 295
IX. Sexta regla: Apostolado de la palabra . . 307

TERCERA PARTE

CÓMO SE FORMA EL ALMA EUCARÍSTICA

CAP.

I. De los medios persuasivos en general . . 315
II. De los medios eucarísticos en particular. — Medio principalístimo: La Santa Comunión. — Preparación y acción de gracias. 322
III. Otros medios eucarísticos: La Santa Misa. 340
IV. Visitas al Santísimo Sacramento . . . 347
V. La Comunión espiritual 354
VI. Meditación eucarística 358
VII. *Fuentes de pensamientos eucarísticos*:
Primera fuente: el corazón 364
Segunda fuente: los símbolos de la creación 364
Tercera fuente: la Liturgia 366
Cuarta fuente: los libros 367
VIII. Ultimas reflexiones y consejos. — Nuestros tres amores: Jesús Sacramentado, la Virgen, el Papa 372